

Estudios



50 cts.

renau

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Regámenos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí mencionados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.— Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NÚMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA, Y 8 PESETAS PARA LOS DEMÁS PAÍSES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR. Apartado 158. — VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

CONOCIMIENTOS UTILES

EDUCACION E HIGIENE

El exceso de población y el problema sexual,

por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor

Enfermedades sexuales,

por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición

Medios para evitar el embarazo,

por G. Hardy. Segunda edición

La mujer, el amor y el sexo,

por Jean Marestan

Educación sexual de los jóvenes,

por el doctor Mayoux. Segunda edición

Amor sin peligros,

por el Dr. W. Wasroche. Segunda edición

Generación consciente,

por Frank Sutor

Embriología,

por el Dr. Isaac Puente

El veneno maldito,

por el Dr. F. Elosu

Eugénica,

por Luis Huerta

Libertad sexual de las mujeres,

por Julio R. Barcos. Cuarta edición

El a b c de la puericultura moderna,

por el Dr. Marcel Prunier

El alcohol y el tabaco,

por León Toistoi

La maternidad consciente. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza,

por Manuel Devaldés

Sexualismo libertario (Amor libre),

por E. Pagán

La educación sexual,

por Jean Marestan

Camino de perfección,

por Carlos Brandt

En rústica En tela

10 12

1

3'50 5

1

2 3'50

2 3'50

1

3'50 5

1

2 3'50

2

3 4'50

1

3'50 5

2 3'50

La educación sexual y la diferenciación sexual,

por el doctor Gregorio Marañón

Lo que debe saber toda joven,

por la doctora Mary Wood

Educación y crianza de los niños,

por Luis Khune

COLECCION CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL

La tuberculosis (Cómo se evita y cómo se cura, sin drogas ni operaciones),

por el doctor Remartínez

El Reumatismo (Cómo se evita y cómo se cura, sin drogas),

por el doctor Eduardo Alfonso

Tratamiento de la fiebre (Conocimientos científico-naturales al alcance de todos),

por el doctor Isaac Puente

NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA

Gandhi, animador de la India,

por Higinio Noja Ruiz

Como el caballo de Atila,

por Higinio Noja Ruiz

La que supo vivir su amor,

por Higinio Noja Ruiz

Hacia una nueva organización social,

por Higinio Noja Ruiz

El botón de fuego,

por José López Montenegro

La muñeca,

por F. Caro Crespo

En rústica En tela

0'50

1 2'50

0'75

1

1

1

1

1

1'50 3

5 6'50

4 5'50

2 3'50

3 4'50

1'50

Mayo

1 9 3 4

Año XII ♦ Núm. 129

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

Actualidad

Dionysios



RECUERDAN los lectores lo que decían los republicanos cuando las frecuentes y dilatadas suspensiones de garantías de los Gobiernos monárquicos? «Vivimos de espaldas a Europa.» «En ningún país civilizado sucede nada semejante.» «Se están conculcando todos los principios democráticos.» «Sólo un régimen en decadencia recurre tan a menudo a medidas de esa índole.»

Etcétera, etc. Todo un rosario de lugares comunes que entonces se llamaban progresistas, como podrían haberse llamado de cualquier otro modo.

Pues bien; en los tres años que hace ya que los republicanos ocupan el Poder, ¿cuándo no han estado suspendidas las garantías? Primero fué aquella vergonzosa ley de defensa de la República, que no se derogó mientras no hubo otros medios de coartar la libertad: posibilidad de establecer estados de excepción: estado de prevención, estado de alarma, etc. En aquél, cuando no en éste, vivimos desde que la ley de defensa de la República fué derogada.

No repetiré, sobre el particular, todos los lugares comunes que ponían en circulación los republicanos cuando la monarquía se defendía con esas armas. Recordaré únicamente el último que he citado: «Sólo un régimen en decadencia recurre tan a menudo a medidas de esa índole.»



Pero no bastan, para asegurar la estabilidad de la República, los estados de excepción. ¿Qué hacer, pues? Sencillamente, restablecer la pena de muerte. Ya estará restablecida, sin duda, cuando estas líneas aparezcan. Si no fuera porque dicha medida costará la vida a algunos infelices, sería cosa de alegrarse de ella. ¡Cuanto más pronto se desacredite el nuevo régimen ante la multitud, que le recibió, en su mayoría, con grandes muestras de entusiasmo, mejor!

(El lector comprenderá que las palabras nuevo régimen no son más que un modo de expresarse.)



Se restablecerá la pena de muerte por su ejemplaridad. Coinciden en afirmarlo así todos los propulsores de la *reforma*. El menos informado de tales asuntos sabe que no existe tal ejemplaridad. Nuestros gobernantes no lo saben, por lo visto. Nuestros gobernantes ignoran que la pena de muerte no ha hecho disminuir nunca, en ningún país, los delitos castigados con la pena de muerte. Antes bien, los ha aumentado muchas veces. El espectáculo de la crueldad de la sociedad ha despertado, en infinitas ocasiones, la crueldad de los particulares. La cosa es tan sabida que da vergüenza insistir en ella.



En resumidas cuentas, para castigar reales o supuestos crímenes individuales, de los que

en último análisis la sociedad es la única responsable, ésta, la sociedad, perpetrará otros crímenes infinitamente más repugnantes que los que castigue, por repugnantes que éstos sean. Tal es la única, no ejemplaridad, ya se ve, sino antiejemplaridad de la pena de muerte: añadir a un crimen, aun al más monstruoso, y del que sólo ella, en realidad, es responsable, otro crimen, en cualquier caso, mucho más monstruoso.



Mas si hay ejemplaridad en la pena de muerte, como nuestros gobernantes parecen creer, contra todas las lecciones de la experiencia, cuanto más aparatosa sea la ejecución de la sentencia, mayor será la ejemplaridad. ¿Por qué, pues, se quedan a mitad de camino? ¿Por qué no siguen adelante y restablecen los autos de fe, juzgados como modelo de ejemplaridad durante mucho tiempo?

«Todo se andará —parece decirme alguien en voz baja—. Estos son los preliminares del fascismo, y el fascismo, si llega a establecerse (y si no se establece no será porque no se le esté allanando el camino), restablecerá los autos de fe y todas las ejemplaridades habidas y por haber.»



Cosa curiosa. El primer periódico, según mis noticias, que pidió el restablecimiento de la pena de muerte, fué uno de los periódicos más reaccionarios que se publican en Barcelona: *La Vanguardia*. (Sabido es que nada hay más cómico que los títulos de ciertos periódicos.) Por aquellos días cayó en mis manos un número del organillo de Lerroux en la ciudad condal. Digo cayó en mis manos, porque no tengo el mal gusto de leer los periódicos gubernamentales: jamás me ha interesado lo que puedan decir los criados de los que mandan. Este organillo, titulado *Renovación* (ya he dicho que nada hay más cómico que los títulos de algunos periódicos), salía al paso de la petición de *La Vanguardia* diciendo que los radicales eran enemigos de siempre de la pena de muerte, porque un inocente ejecutado era su mayor condenación. Nada nuevo el argumento, como se ve; pero ¿se puede esperar algo nuevo de los republicanos, sean radicales o de los otros?

Será divertido ver los equilibrios que hará ahora el organillo radical para justificar la medida de sus amos. Porque de que la justificará, no es posible dudar. A pesar de haber

sido de siempre, los que lo redactan y todos los radicales, según se atrevieron a decir, enemigos de la pena de muerte. Olvidaron sin duda que su jefe había afirmado, en cierta ocasión, que no le temblaría la mano al firmar una sentencia de muerte.

Muy pronto comprobaremos, probablemente, que no mentía al pronunciar estas palabras. De todas las que ha pronunciado en su larga vida, son las únicas que llevan camino de cobrar realidad.



Para justificar el restablecimiento de la pena de muerte, al célebre caudillo radical (otra denominación comparable en comicidad a los títulos de algunos periódicos) no se le han ocurrido más que unas cuantas vulgaridades. (¿Se puede decir otra cosa que vulgaridades acerca del particular?) «En casi todos los países democráticos existe», ha dicho. Sí, en efecto. Y otras muchas cosas. De vez en cuando, por ejemplo, alguna epidemia. ¿Por qué no contagiarnos también nosotros? «En Francia mismo —ha añadido— la restableció Clemenceau, que no era un reaccionario.»

No sé si Clemenceau restableció la pena de muerte en Francia, pero de que era un reaccionario, al contrario de lo afirmado por Lerroux, un reaccionario de la peor calaña, sí estoy seguro, como lo está todo el que se acerque a la actuación de aquel pobre hombre con los ojos abiertos. Porque Clemenceau era esto además de reaccionario: un pobre hombre en toda la extensión de la palabra.

Entretanto que el proyecto de restablecimiento de la pena de muerte se madura, su principal fautor, el ministro de la Gobernación (este Ministerio va de desdicha en desdicha desde que se estableció la República) marcha a Sevilla a ver las procesiones de Semana Santa. Y no ve sólo las procesiones, sino a conocidos *tragacuras* llevando los santos, alegría en todos los rostros, un regocijo general que no engaña, multitudes que le acompañan y le vitorean, yendo a pie por las calles. Etcétera, etc.

Repitamos, contagiados, otro lugar común. «Vivimos en el mejor de los mundos.»

CONOS EUGENICOS «AZCON»

El más eficaz y seguro remedio contra el embarazo. El producto por excelencia para la higiene íntima de la mujer, y un poderoso profiláctico contra las enfermedades venéreas.

Caja con 12 conos, 5'50 ptas. Envíos por correo, 6 ptas. Envíos a reembolso, 6'50 ptas.

La compulsión religiosa y el instinto sexual

Breve enumeración de las divinidades indias

S. Velasco



DECÍAMOS en nuestro estudio anterior que las religiones ortodoxas indostánicas —vedismo y brahmanismo—, a pesar de su depurada espiritualidad, habían de considerarse como marcadamente materialistas. Para que el lector pueda juzgar por sí mismo y percatarse, sin lugar a dudas, del fondo eminentemente sexual que encierran los símbolos hindúes, reseñaremos, de una manera sucinta, las características de las principales figuras mitológicas que aparecen en el panteón hindú. A pesar de lo incompleto de nuestro trabajo y de lo lacónico del mismo, el estudioso perspicaz podrá vislumbrar la parte originariamente erótica y aun sensual de todos los mitos.

Es innegable, sin embargo, que la India es un país místico por excelencia, pero, precisamente por esa cualidad misma, todo en ella tiende a la exaltación de la vida. Las corrientes religiosas que hanse manifestado con más fuerza en torno al núcleo generador, dieron como resultado el que la India haya logrado estructurar dos tipos religiosos opuestos: el dinámico y el estático. De un lado cultívase el sentimiento religioso que tiende a desarrollar la potencialidad física del hombre, rindiendo un verdadero culto a todos los sentidos corporales y, de una manera especialísima, a los órganos de la generación; de otro, se ensalza el renunciamiento y se recomienda la abstención. Abomínase de la materia para depurar el espíritu.

Aunque ambas tendencias han llegado a insospechados límites de especulación filosófica, ninguna de ellas proporcionó la dicha a sus seguidores, porque se encerraron en el angosto recinto de su respectivo exclusivismo y levantaron las altas murallas del fanatismo que les impidieron ver el radiante sol de la armonía, que brilla con albos fulgores porque son distintas las tonalidades que lo componen. El espíritu de secta, allí como en todas partes, obstruyó los caminos de la con-

cordia y cegó las mentes que, con ser poderosas, no acertaron a ver que en una sabia y acertada discriminación de todos los criterios se halla la verdad. Así, la labor sacerdotal tendió a hacer cada vez más sensible las diferencias y a acentuar las desigualdades, lo mismo en el aspecto religioso que en el social. Por esto ha podido decirse que la India resume maravillosamente las dos tendencias universales características del pleito social. Nosotros añadimos que no hay territorio alguno en donde hallen más adecuada aplicación las dos sintéticas palabras que con tanto acierto creara Han Ryner; no existe otro país en donde la vida socialreligiosa pueda ser expresada tan certeramente por estos vocablos: dominismo y servilismo.

Las precedentes consideraciones, tal vez aparentemente extemporáneas, eran, sin embargo, necesarias para facilitar a nuestros pacientes lectores la labor analítica. Sin tales aclaraciones previas, el no iniciado habría hallado dificultades enormes para comprender el significado de los mitos hindúes y desentrañar el misterio de las divinidades multimórficas de la India.

Además, conviene saber que los brahmanes consideraron siempre que el pueblo no se hallaba en condiciones de comprender ni de conservar en su pureza la religión por la que ellos velaban, y procuraron presentar sus dogmas mediante figuras que hiriesen la imaginación de la masa. Así llegaron a forjar un lenguaje en buena parte incomprensible para las muchedumbres, pero que, merced a las indagaciones de los orientalistas, se ha logrado interpretar, llegando, en definitiva, a establecer que el credo o sistema religioso de la India es uno de los más racionales que ha conocido el linaje humano. Así, por ejemplo, en el segundo capítulo de la primera parte del *Vischnú-Purana* se dice: «Dios no es susceptible de forma, de epíteto, de definición o descripción; carece en absoluto de sexo, no puede ser aniquilado ni cambiar en manera alguna y está a cubierto de penas y sufrimientos. Lo único que podemos decir es

que El, o sea el Ser eterno, es Dios. El vulgo cree que Dios está en el agua; los hombres algo ilustrados creen que reside en los astros; los ignorantes creen que vive en la madera y en la piedra; pero el sabio lo pone en la Mente Universal.» En el *Maha-Nirvana* se lee: «Todas las figuras y representaciones de las diferentes fuerzas y cualidades de la Naturaleza fueron *inventadas* en beneficio de los que necesitan de tales recursos como medios de comprensión.»

No hay en el mundo religión alguna que, después de haber dado una definición adecuada y racionalista del concepto Dios, declare, tan paladinamente como la brahmánica, que la divinidad es una creación del hombre inteligente «para beneficiar a los que no saben». ¿No constituye este pasaje la más categórica negación de Dios y la evidencia palmaria de la sutileza especulativa de los sacerdotes?

Otros pasajes de los libros sagrados, sin negar la asexuación de Dios, tienden a presentar el erotismo, no sólo como un don preciado de los dioses, sino como aquella característica que más acerca el hombre a la divinidad. Numerosos son los relatos en que el sexo desempeña un papel preponderante —como tendremos ocasión de ver—, pero ninguno, tal vez, reúne el color y la vitalidad, dentro del sentido emblemático, de aquel que narra las aventuras de la pareja mítica Yadjna y Vâtch. Esta leyenda es, sin duda, la demostración típica del acendrado simbolismo erótico hindú.

Refiere el libro sagrado *Satapatha Brahmana* (III, 2, I, 19-2), que Yadjna —palabra sánscrita que significa «sacrificio»— dividió un día a Vâtch —vocábulo que equivale a «palabra»— y pensó para sí: «Aquella es una mujer; voy, pues, a hacerle una seña y me invitará a reunirme con ella.» Y le hizo la seña, efectivamente, pero ella, en vez de llamarle, le despreció. Por esto, desde entonces, cuando una mujer ve a un hombre que le hace una seña por primera vez, le desprecia.

Yadjna acudió a los dioses, y éstos le dijeron: «Hazle otra seña y verás como te invita a ir. Ni corto ni perezoso. Yadjna siguió el consejo. A su requerimiento respondió ella con un movimiento de cabeza. Por tal motivo, cuando una mujer ve que un hombre reitera sus señales, le corresponde con un movimiento de cabeza. Nueva consulta a los dioses, los cuales afirmáronle a Yadjna: «Hazle otra señal, y verás como te llama.»

Hízolo Yadjna, y ella le llamó hacia sí. He aquí por qué la mujer acaba siempre por acceder a los requerimientos del hombre.

Es innegable que este pasaje encierra una sensualidad marcadísima dentro de la profundidad de su oculto significado ético. Toda la literatura religiosa de la India, como veremos, es una continuación de esta tendencia.

Los libros sagrados fueron escritos, según la opinión de Marc Saunier, unos tres mil años antes de J. C. En opinión de otros tratadistas, datan de 1.500 a 400 años antes de J. C. Tales libros son: los cuatro *Vedas*, los *Brahmanas*, los *Sutras*, los *Puranas* y dos epopeyas: el *Ramayana* y *Mahabharata*, éstas de origen más reciente o sea desde 400 años antes de J. C. al siglo I ó II de la Era cristiana.

Brahma no es el nombre del fundador de la secta, sino el del supremo dios de la misma. No pertenece a la serie de personajes históricos, tales como Buda, Moisés, Zoroastro, Confucio, Mahoma, Lutero y Calvino, sino a la de seres míticos que personifican conceptos religiosos, como Ormuz, Júpiter, Jehová, Bel, Wotan y otros. Brahma es el Señor, existente por sí mismo, que está fuera del alcance de los sentidos, comprensible sólo por el espíritu, sin partes visibles, fuente de todos los seres, ente indeterminado, principio neutro, perenne e inactivo, cuyo desarrollo es el manantial de creación y desenvolvimiento del mundo. Este ser invisible e incorpóreo encarnóse para poder anunciar su doctrina; a esta encarnación siguieron otras dos, en virtud de las cuales se produjeron Vischnú y Siva que, junto con Brahma, forman la trinidad india o la Trimuti. Brahma es el dios creador: Vischnú, el dios conservador; Siva, el dios destructor.

El principio del androginismo está contenido en el código de Manú, ya que se considera que el Ente soberano vino a ser mitad varón y mitad hembra, y de este dualismo sexual nació Viradj; luego, entregóse a una devoción austera y produjo a Manú, el creador del Universo. Manú, deseando producir el género humano, después de haberse entregado a las más duras pruebas de continencia, dió lugar a los Santos eminentes Maharchis, señores de las criaturas, que son en número de siete. Crearon éstos a su vez otros siete Manús: los Devas y otros Maharchis dotados de inmenso poder. Dieron nacimiento, más tarde, a los Yakchas, dioses de las riquezas; a los Pisachas, especie de vampiros, y a los Rakchasas, gigantes malhechores.

Azulejos

Diógenes Ilurtensis

Eugenesia y educación sexual



NUNCA estará de más insistir ahincadamente acerca de la necesidad absoluta de que las gentes se capaciten debidamente para orientar la propia actuación en un sentido de franco laborantismo para el mejoramiento colectivo. Difundir la cultura, propagar los credos renovadores, luchar por la equidad social, son tareas a las que ningún hombre debería sustraerse. Pero

existe un factor primordial que, aun cuando ha sido ya estudiado por no pocos autores —y fué motivo de análisis en esta misma publicación—, no ha logrado infiltrarse en el alma popular hasta ser sustancial a ella: nos referimos a la eugenesia.

Ante todo, conviene desvanecer un error primordial, en cuanto a las prácticas eugénicas, que hemos hallado muy difundido incluso entre personas cultas. Creen no pocos individuos que el eugenismo —ciencia de engendrar buenos hijos— ha de ser práctica inherente al matrimonio —legal o no—, pero que en nada afecta a la vida prematrimonial de los futuros cónyuges. Nada más lejos de la realidad. Si la enseñanza sexológica no continuase siendo, a pesar de todo —en España y fuera de ella—, un «tabú», las gentes no ignorarían que, del mismo modo como hay que comenzar la educación infantil en el seno materno —antes de nacer—, así la eugenesia requiere una preparación previa, comienza —mejor dicho, habría de comenzar— cuando se inicia la vida sexual de las juventudes de ambos sexos.

No basta con que algunas familias adopten el neomaltusianismo como medida o método de lucha contra el actual estado de cosas y lo asocien al eugenismo para criar pocos hijos, a fin de que éstos crezcan lo más sanos y robustos posible. No es suficiente la profilaxia anticoncepcional, el cuidado cariñoso y atento una vez los hijos al mundo ni la adaptación de las más modernas teorías de la higiene. Es indispensable que la eugenesia co-

mience a practicarse en la pubertad. Para ello sería preciso, naturalmente, que la educación sexual formase parte de las enseñanzas que se prodigan a los muchachos y que se inculcara en ellos el sentimiento de la paternidad, haciéndoles ver diáfananamente la responsabilidad que contraerán cuando se unan en matrimonio y procreen un hijo.

La preservación contra las enfermedades venéreas, sobre todo, manantiales inagotables de dolencias hereditarias sin fin, habría de ser el capítulo más importante de esta educación a que nos referimos. Ningún muchacho debiera ignorar que la más benigna enfermedad de los órganos genitales, deficientemente curada o mantenida en un descuido pernicioso, puede ser vengadora de trastornos orgánicos para los vástagos futuros. ¡Cuántas anomalías cerebrales y cuántos procesos psicopáticos no reconocen más causa que una simple lesión gonocócica del padre!

Según los más recientes datos de la psicopatología se ha comprobado plenamente que el 75 por 100 de los débiles de espíritu, idiotas e imbeciles —dolorosos casos de lamentable descuido paterno que dan al mundo legiones fantásticas de acusadoras inutilidades— se engendraron por cópula entre varones y hembras que estuvieron afectados de enfermedades venéreas. El 50 por 100 de los tales llevaban sobre sí, además, el peso de un heredoalcoholismo manifiesto.

En la demencia total, el contingente de heredosifilíticos es, según la estadística, de un 25 por 100 en los casos concretos, aunque se colige que, en determinadas modalidades de la locura, influye no poco la herencia luética que no se manifiesta de manera franca. Entre los neurosifilíticos existe un 10 por 100 de atacados que pasan rápidamente de la fase demencial a la parálisis de los centros nerviosos. A los tales hay que alimentarlos por medio de sonda, puesto que la paralización afecta incluso las mandíbulas. Causa verdadero horror pensar en el sinnúmero de tarados, de verdaderos detritus humanos que la herencia venérea arroja al mundo.

No es de creer que todos esos pingajos humanos, sombras de hombre, fueran en-

gendrados por padres ignorantes, embrutecidos y desalmados. Algunos de ellos, seguramente, incluso poseían ideas renovadoras, acaso practicaran alguna vez la anticoncepción y, quizá, adoptaran determinados preceptos eugénicos. Pero todas estas influencias bienhechoras habían llegado tarde. Uno de los progenitores contrajo, antes del matrimonio, una enfermedad genital que creyó, luego, curada, pero que ha dejado en su sangre el estigma afrentoso. Y los hijos pagan, inocentemente, la culpa que no cometieron. Sobre ellos cae el peso de una ley inexorable que les agobia con los desastrosos resultados de un «desahogo» paterno.

Si los púberes conocieran toda la gravedad que entrañan las enfermedades venéreas y aprendieran, sin velaje alguno, los peligros que amaga la prostitución; si se educaran sus sentidos supeditándolos a la mente y se elevara ésta al nivel ético que la humanidad precisa, tal vez en un día no lejano, los postulados eugénicos tendrían una eficacia y eficiencia visibles y se evitaría el espectáculo angustioso de tantos millones de seres inutilizados para la vida que han de llevar una existencia parasitaria, vegetativa y exenta de sensaciones, por culpa de ignorancias que no les incumben.

Impónese, por tanto, la educación sexual de las promociones juveniles. Pero no una educación sexual especiosa y a la violeta —mero barniz de conocimientos superficiales—, sino una enseñanza integral y razonada de lo que es el mecanismo generativo, de los peligros que acechan al hombre en cada encrucijada de su vida erótica y de la obligación que tiene de llegar «indemne» a esa sublime cumbre que es la paternidad. Tan sólo así podrá decirse que la humanidad habrá realizado su más valiosa conquista. La sangre, limpia e inmaculada, correrá por las venas de los vástagos futuros y no ocasionará trastornos de índole alguna, y las mentes de los hombres así engendrados, serán capaces de columbrar, en lo porvenir, toda la magnificencia de los ideales hedonistas. Y el Amor, la Justicia y la Dicha serán una realidad.

La panspermia actualizada

Nuestros lectores no ignoran que hace unos cinco lustros fué ya objeto de vivo debate la teoría «panspérmica» del sabio Svante Arrhenius. Esta teoría consiste en creer que las bacterias o gérmenes vitales atraviesan el es-

pacio impulsadas por la presión de la luz y se trasladan, así, de un astro a otro en un eterno vagar fecundante.

Después de unos años de silencio en torno a semejante teoría, el tema ha vuelto a ser de actualidad candente gracias a los datos publicados por el profesor Lipman. Este investigador, basándose en las aseveraciones de Levedef y de Nichols, afirma que no es descabellada la tesis de Arrhenius, puesto que aquellos sabios demostraron ya hasta la saciedad, sin que nadie lo haya desmentido hasta hoy, que la luz ejerce cierta presión. Así, y sabiendo que el efecto de la radiación aumenta proporcionalmente, no es aventurado suponer, según Lipman, que una bacteria sufra los embates de la radiación solar en un sentido y el empuje de la luz en otro.

La dificultad de Arrhenius para defender convenientemente su doctrina estribó en que no poseía un organismo microscópico lo suficiente pequeño que reuniese las condiciones apetecidas. Pero, más tarde, al descubrirse la existencia de las partículas ultramicroscópicas, se probó que el citado sabio estaba en lo cierto, puesto que las había intuído. No obstante, opusieron aún a la teoría panspérmica las dificultades que representan para un organismo —aunque sólo sea germen de tal— el frío intenso y los rayos ultravioletas de la luz. Arrhenius los rebatió ya, y ahora el profesor Valles ha demostrado —al decir de Lipman— que ni siquiera el cero absoluto mata a determinados gérmenes y que la luz, para lograrlo, necesita producir oxidación, fenómeno que no se realiza en las temperaturas gélidas.

Sin embargo, existe una objeción de peso que no ha podido ser rebatida. Es la siguiente: ¿Cómo puede vivir una bacteria los nueve mil años de ininterrumpida ascensión —o descenso, ¿quién sabe?— que se necesitan para ir de la Tierra a la estrella Alfa?... Y, ¿de qué medios se vale el germen para abandonar un astro y trasladarse a otro? Hasta ahora todos los experimentos han demostrado que cualquier germen transportado a más de dos mil metros de altura pierde su poder fecundante. ¿Cómo se compagina, pues, este dato con la panspermia?

No queremos enmendarle la plana al admirado Svante Arrhenius ni a sus seguidores. Reconocemos en ellos una buena fe innegable y una grandiosidad conceptiva sin igual. Y, sobre todo, su teoría merece todos los respetos porque afirma la eternidad de la materia y elimina la idea de Dios y la de origen.

Atalaya

H. Owen

La inquietud europea y el peligro de una nueva guerra



Los periódicos de todos los matices y nacionalidades atronaron el espacio con el clamor de sus voces desesperadas, tornándose los profetas de un apocalíptico devenir, cuando se hizo patente el fracaso manifiesto de la conferencia del desarme. Sus mitos históricos, sin embargo, no fueron de larga duración, y ha bastado el transcurso de menos de un año para que se hiciera el silencio en torno a cuestión tan candente como esa de una posible conflagración europea.

Cierto es que todos los días la gran Prensa da una amplia información acerca del intercambio de notas entre distintos países y de las entrevistas y viajes de los prohombres respectivos. Pero, aparte de ese cometido informativo escueto, no se comenta, ni se concede la importancia debida a los múltiples obstáculos que se oponen a la armónica solución de los problemas internacionales que tenemos planteados. Las cancillerías, y toda la organización diplomática en peso, se esfuerzan por dar la sensación de que se va a proceder a una revisión de los tratados mediante la cual se aleje toda posibilidad de conflicto y se consolide la paz, pero es innegable que, sigilosamente, por bajo mano, no hay nación alguna que no se esté armando hasta los dientes —según hemos demostrado en anteriores crónicas— y que no concierte alianzas bélicas o, por lo menos, tienda a descubrir los planes secretos de las demás potencias.

No llevaremos nuestro pesimismo y la desconfianza que nos inspiran los gobernantes, los políticos y en general las llamadas «clases dirigentes» de todos los países, hasta afirmar que la humanidad se halla irremisiblemente abocada a una catástrofe, pero es evidente, diáfano, que el mundo ha tropezado con problemas que constituyen un peligro graví-

simo y que no hay, en el instante actual, personalidad alguna con valor e inteligencia suficientes para resolverlos o superarlos. Las maquinaciones que se tramam en las esferas gubernamentales y las comedias que se representan en los respectivos ministerios de Estado para dar a las multitudes, depauperadas, idióticas y fanatizadas, la sensación de que se está «trabajando provechosamente por la paz», no hacen sino agudizar extraordinariamente los riesgos.

Ya un escritor de mérito, que en estos temas internacionales acierta casi siempre con visión sagaz, Guillermo Ferrero, decía no ha mucho: «Todo el estruendo que se hace en torno a la revisión, oculta, en realidad, uno de los problemas de más difícil solución que haya tenido jamás Europa. ¿Es posible dar al Viejo Continente, *sin guerra*, una organización territorial que permita a los pueblos europeos vivir armoniosamente durante unos cuantos lustros, en una paz que no sea una prisión custodiada por el miedo?» La apreciación de Ferrero no puede ser más justa ni más clarividente su observación. Parece, en efecto, que las esferas gubernamentales hallanse encerradas en un círculo vicioso. De una parte, los litigios territoriales, secuela de la Guerra Europea, no llevan trazas de solucionarse por vía diplomática y pacífica, pero, de otra, está plenamente demostrado que un conflicto bélico no representa, ni mucho menos, una solución.

A pesar de estas consideraciones, que todos los hombres inteligentes no vacilan en aceptar como axiomáticas, la guerra habríase ya desencadenado si —como acertadamente indica Ferrero— no actuara de muro de contención el miedo mutuo. Todos desean la conflagración, pero ninguno se cree suficiente armado ni con poder bastante para aniquilar al «enemigo». Y se echa mano del recurso diplomático como *pis aller*.

Ahora bien, de lo que tal vez no se percatan los estratocristas a ultranza, es de que una nueva guerra representaría tan enorme pérdida de vidas y de riqueza, que acarrearía, indefectiblemente, la ruina mundial y, tal vez,

el aniquilamiento de la civilización occidental. Y menos mal si la consecuencia del próximo conflicto armado no fuese más que la destrucción de la sociedad capitalista para ser reemplazada por otra más justa y racional. El sacrificio enorme que semejante trueque costaría no nos parecería tan horrendo. Pero existen dos peligros capitales que podrían desbaratar la marcha ascendente de las conquistas manumisoras. Son ellos: el fascismo y el imperialismo nipón.

No se olvide que, en tanto las masas obreras se hallan minadas instintivamente por disencimientos fundamentales, y surgen, en el seno mismo de las organizaciones sindicales, figuras representativas que alzan bandera de escisión, debilitando, así, la acción eficaz del asociacionismo, los órganos fascistas consolidan sus posiciones y adquieren, en todos los países, situaciones de privilegio. Además, y aun suponiendo que el ímpetu liberador de las clases asalariadas lograra aniquilar la fuerza regresiva del fascismo, es evidente que, agotadas por tantas y tan desesperadas luchas, desquiciado por completo el sistema económico, arruinada la producción, desorganizado el consumo y los transportes, no sólo por sabotaje de los adversarios, sino también por carencia de brazos útiles, la nueva sociedad que se comenzara a estructurar hallárase a la merced de las acometidas de los ávidos secuaces de Sinto.

Hora es ya de que los obreros reflexionen seriamente acerca de materia tan trascendental como ésta. No hay que limitarse a formar en las filas sindicales y esperar, impávidos, los acaecimientos. Es preciso actuar. Pero actuar seriamente, con paciencia y conciencia, mas sin inútiles alharacas. La solución de los gravísimos problemas que la humanidad tiene planteados, y, sobre todo, la lucha contra el fascismo y la belicosidad de las esferas gubernamentales, no hallarán su marco adecuado en manifestaciones tumultuarias sin coordinación alguna ni en espasmódicos movimientos suicidas que no hacen sino reforzar las posiciones de los adversarios de la libertad. El verdadero remedio está en realizar el supremo esfuerzo educador a fin de que las muchedumbres, que tienen hambre de pan y de justicia, eleven su inteligencia al nivel que la magnitud de los acontecimientos requiere y pongan su energía y su valor al servicio de su propia manumisión, comenzando, ya a partir de este instante, a edificar el bello edificio fraternal que habrá de ser manantial de dicha para todos.

Lo que les cuesta la «civilización» a los moros

Francia, para demostrar que se preocupa del embellecimiento y de la prosperidad de los pueblos que somete a su férula, procura urbanizar las ciudades conquistadas al estilo moderno europeo. Así, los viajeros que sólo ven las cosas superficialmente, han podido maravillarse ante las soberbias obras que la colonización francesa levantara en Casablanca y Rabat, pero el observador sagaz se percató, inmediatamente, de que la «liberalidad» francesa es pura ficción, porque las cargas fiscales que representa el subvenir a los enormes dispendios realizados las ha de soportar casi exclusivamente, la población indígena.

Por efecto de su sistema colonial, Francia extrae de los indígenas, por medio de toda clase de impuestos agobiantes, los recursos necesarios para sostener su pretendida «prodigalidad». Y, en tanto los europeos —colonos o burócratas— gozan de exenciones y de protección oficial, los moros han de llevar una vida miserable, sofocados por la presión coercitiva del invasor y el lujo desmedido de sus aparentes generosidades. Como muestra de cuanto queda dicho citaremos tan sólo lo que sucede en Rabat, en donde se construyó un Palacio de Justicia —sin que exista en realidad administración alguna de justicia— que costó ocho millones de francos, una Dirección General de Seguridad cuyo coste no baja de los seis millones de francos y un edificio para Correos y Telégrafos por el que se pagaron cinco millones. En todos estos edificios suntuosos, además de la residencia general, «trabajan» —es un decir— once mil funcionarios, europeos casi todos, cuyos sueldos oscilan entre los cincuenta y los cien mil francos anuales. Es decir, que el mandato francés le cuesta, a la región de Rabat solamente, para pago de burócratas lalgazanes, la respetable cifra de cuatro millones de francos, sin contar con otros no menos absurdos y cuantiosos gastos. Después de esto, ¿no resulta lógico que aquellas gentes abominen de la «civilización» europea y se rebelen contra el despotismo abyecto de «la Francia liberal»? ¿Qué les ha dado la «protección» europea? Nada, sino acentuar su miseria y hacerla más sensible ante el lujo insultante de los invasores.

¿Puede la Naturaleza equivocarse?

Raimundo Götze

Doctor en Ciencias



VIDO yo los acaecimientos en el mundo en dos categorías: aquellos en que los hombres no intervienen y aquellos en que intervienen.

A mi ver es muy importante tener en cuenta que el hombre pueda intervenir en todos los actos de la Naturaleza. El hombre es un ser que ha perdido visiblemente una gran parte del instinto que guía a los animales.

En cambio, posee una inteligencia mucho más desarrollada y es capaz de hacer herramientas y de construir aparatos y máquinas. (Según la definición de Franklin, el inventor del pararrayos, es el hombre «a *toolmaking* animal», es decir, es el hombre que hace herramientas.)

El hombre no puede intervenir en los fenómenos astronómicos, geológicos, físicos; no puede cambiar los climas, la formación de la tierra, ni alterar la gravitación, etc. El hombre puede intervenir en los fenómenos fisiológicos y biológicosociales y también en los fenómenos psíquicos. La alimentación, la higiene, la medicina interviene en la salud de los individuos y de los pueblos.

La intervención del hombre en los fenómenos biológicos es importante, porque puede ser arbitraria, mientras, por el otro lado, la Naturaleza establece evidentemente ciertas normas biológicas (es decir, normas fisiológopsíquicas) para el bienestar de los individuos y de las colectividades. El hombre puede, pues, entrar en un antagonismo con la Naturaleza, siempre cuando su intervención es contraria a los fines perseguidos por la Naturaleza. El hombre, a pesar de ser una parte de la Naturaleza, puede torcer el curso de ésta, haciendo uso de su inteligencia, habilidad y libre albedrío

El concepto «Naturaleza» exige algunas aclaraciones. La Naturaleza es sencillamente

el conjunto de todas las cosas y de todos los fenómenos. La suposición de un ser existente fuera de la Naturaleza, el cual la haya hecho y la dirija continuamente, se me antoja simplemente cándida y, por consiguiente, prescindimos nosotros por completo de ella. De dónde ha salido el mundo es una pregunta que nadie sabrá contestar, pero me atrevo a calificar como el más grande prejuicio en que jamás han incurrido los hombres la suposición de un Dios que haya creado el mundo. Con el Dios ocurre lo mismo que con el éter de los físicos: se le supone en todas partes y en ninguna aparece. Los dos son creaciones del prejuicio humano.

El prejuicio de la persona Dios va siendo secundado por otro de igual importancia: el de creer que la materia es muerta, que sólo las plantas, los animales y los hombres tienen vida. Esta interpretación es, a mi ver, equivocada y da lugar a graves errores. No hay nada de muerto en el mundo, todo vive. La diferencia entre una persona y una piedra no está en que la primera vive y la otra está muerta, sino en que la una tiene conocimiento y la otra no. Morir es sólo perder el conocimiento.

Nosotros, los hombres, somos, pues, una parte de la Naturaleza, donde ésta llega a tener el máximo (aun harto limitado) conocimiento de sí mismo. Este fenómeno de tener conocimiento de sí mismo y de la Naturaleza podemos, si queremos, llamar «divino». El hombre es el ser «más divino» que existe. Es importante señalar enseguida una observación de suma trascendencia: precisamente los seres que han alcanzado un alto grado de conocimiento son expuestos al error; los seres inconscientes no lo son.

A pesar de prescindir de la idea de un Dios no interpretamos los actos de la Naturaleza como un caos; más bien creemos que todo lo que hace la Naturaleza tiene una finalidad que es la misma que se nos revela en nuestra mente: la Naturaleza persigue en todos sus

actos el máximo de bienestar para todos los seres. Yo creo que si no aceptamos esta tesis no obtendremos nunca una clara interpretación del mundo y entonces será preferible figurarse un Dios que reina en el mundo a la manera de un «gran guardia civil» (según dice Unamuno), que nos recompensa y nos castiga a su antojo.

Creemos, pues, que la Naturaleza es la manifestación de una fuerza ciega que persigue sus fines inconscientemente. Precisamente porque es inconsciente debemos excluir toda posibilidad de error. A la primera tesis de que *la Naturaleza persigue el máximo de bienestar de todos los seres* agregaremos, pues, ésta de gran importancia: *La Naturaleza no se equivoca nunca*. A mi ver es esta tesis una consecuencia lógica de todo lo anteriormente explicado. Sin ella no me veo capaz de obtener una interpretación clara del mundo. Todo cuanto ocurre en el mundo tiene, pues, su sentido y es necesario.

Nuestra interpretación parece estar en abierta contradicción con aquellos fenómenos que vulgarmente se llaman «males». Tales fenómenos son: enfermedades, epidemias, perversiones, la criminalidad, la crisis mundial, etcétera. Estos males se originan, a mi ver, siempre cuando el hombre violenta las normas establecidas por la Naturaleza para su bienestar. Cuando el hombre, en lugar de ayudar a la Naturaleza en sus fines usa su inteligencia para contrarrestarlos, entonces se rebela la Naturaleza reaccionando de una manera segura para corregir los errores cometidos por los hombres.

Los fenómenos, llamados males, no deshacen pues nada nuestra teoría. Cada mal tiene sus causas naturales y es un aviso de la Naturaleza de que algo no está bien y que el hombre ha de cambiar algo. Así, por ejemplo, es fácil ver las causas que originan la tuberculosis: es la falta de luz, de aire y de alimento. El cáncer es, a mi ver, debido al abuso de comer carne. En otros casos como, por ejemplo, las enfermedades venéreas, no se ve tan claramente el fin que persigue la Naturaleza con este mal. No obstante, estoy convencido de que también en los casos en que no vemos las causas bien claramente, éstas han de existir; y si no se encuentran fácilmente en las funciones fisiológicas, siempre debemos tener en cuenta que las funciones psíquicas son tan importantes como las fisiológicas, que se puede faltar contra los preceptos de la salud psíquica tanto como contra los de la salud física.

Sin entrar en detalles, porque de momento sólo interesa establecer el punto de vista, quiero tratar el fenómeno de la futura guerra bacteriológica. Esta será, sin duda, un gran mal para la humanidad. Sobre esto he pensado lo siguiente: La guerra europea, sin la intervención de la ciencia médica, hubiera acabado con una peste, como muchas otras guerras. Esto hubiera sido, por lo menos, el final natural de tan bárbara matanza. La Medicina supo evitar esto, prestando de esta manera a la humanidad un servicio, al parecer, positivo, pero en realidad negativo. Pues ahora se da el caso de que los mismos hombres que entonces aniquilaron la natural función de los bacilos, ahora los saben cultivar en laboratorios para soltarlos en el momento oportuno, valiéndose de ellos como arma. Si esto es un día realidad, ¿para qué habrá entonces servido toda la ciencia médica? Yo temo que la Naturaleza saldrá con la suya.

Si la Medicina quisiera ser una ciencia positiva debería combatir las causas de los males en lugar de los síntomas. La tuberculosis no se puede combatir en suntuosos sanatorios, sino se tiene que combatir en las viviendas malsanas, antihigiénicas. Cuando veo en qué condiciones la mayoría de los hombres pasan la vida, sólo me queda la resignada exclamación: el hombre es un troglodita incurable.

La Medicina no ha hecho nada para extirpar los orígenes de las enfermedades, y la criminología nada para combatir los orígenes de la criminalidad. Y ésta es dentro de la sociedad lo mismo que la enfermedad dentro del individuo. El castigo de los delincuentes es lo mismo que curar la llaga de un sifilítico, haciendo desaparecer el síntoma sin pensar en curar la causa del mal. Una ciencia que procede así tiene que ser calificada como puramente negativa.

Finalmente quiero aplicar mi teoría al fenómeno de la crisis mundial. Por ser tan universal, debe de tener causas profundas. La crisis económica es sólo el síntoma, la verdadera causa del mal debe de ser mucho más profunda. Yo veo la causa en la tecnificación del mundo. La Naturaleza tiende a diferenciar; la técnica tiende a unificar, a uniformar. No sólo las piezas fabricadas se parecen una a otra sin presentar nota personal alguna, sino también las personas que las fabrican quedan mentalmente niveladas. El trabajo automático hace de las personas autómatas sin propia iniciativa y sin propia responsabilidad. Contra tal nivelación psíquica de la humanidad se rebela la Naturaleza, poniendo los individuos

El Estado es una gran mentira

¿Dónde está su utilidad y beneficio?

Mariano Gallardo



UPONGAMOS, para mayor comprensión, una nación pequeña, dividida en tres provincias: A, B, C. Que, para el desarrollo del punto que nos ocupa, da idéntico resultado, ya que el Estado, sojuzgador de extensos dominios, no es más que una ampliación del pequeño Estado.

Los dos, el Estado chico y el grande, se parecen, tanto como una gota de agua a otra gota.

Convengamos en que los ingresos del pequeño Estado de nuestro ejemplo están integrados por las tres siguientes sumas de dinero: cinco millones de pesetas que tributa la provincia A, diez millones que tributa la provincia B y quince millones de la provincia C. Que hacen un total de treinta millones, cantidad que está en manos del Estado, para atendimento de las necesidades de la nación.

Los políticos gobernantes de este Estado, por buenísimos, dignos y honorables que sean; por muy derechistas o izquierdistas que se llamen, a la hora de invertir el dinero

ante la necesidad de tener nuevas ideas y de trabajar por propia iniciativa. Siendo, pues, la crisis económica sólo el síntoma de una crisis psíquica, será, a mi ver, inútil combatirla por medios puramente económicos.

Mi intención ha sido comprobar que todo lo que pasa en el mundo, hasta las cosas que llamamos males, son necesarias y consecuencia lógica de una Naturaleza que no se equivoca nunca. Los males en que los hombres pueden intervenir son debidos a un antagonismo entre la inconsciente voluntad de la Naturaleza y la consciente voluntad de los hombres, que en muchísimas cosas aplican su inteligencia, no ayudando a la Naturaleza en sus fines, sino contrarrestándolos.

del Estado en subvenir a las necesidades del pueblo gobernado por ellos, nunca gastarán más de treinta millones, cantidad aportada por los habitantes de las aludidas tres provincias.

¿Podrán gastar más de lo aportado por los pagos del pueblo? De ninguna manera. Los políticos no realizan función productiva alguna. Y los que tienen cargos de gobierno, mucho menos. ¿Qué género de productividad labora un diputado, un ministro, un gobernador o un jefe de Estado? Ninguna.

Estos señores no producen nada útil en ninguna rama de la general actividad positiva del género humano. Ni en la ciencia, ni en la industria, ni en la agricultura, ni en el arte, ni en el progreso, ni en el trabajo...

Los individuos componentes de las provincias de referencia no podrán percibir, en ningún caso, de las arcas del Estado ni un céntimo más de los treinta millones, los cuarenta o los mil que ellos aportaron tributando al Estado, salvo la casualidad milagrosa de que los políticos con cargo pusieran su fortuna, hecha en un trabajo verdad, a disposición del pueblo, sumando a los millones tributados por éste los miles de pesetas de sus bolsillos particulares.

¡Utopías! Que los políticos dieran dinero a los pueblos por gobernarlos. ¡Qué cosa más extraña! ¡Esto sí que sería un misterio!

Fuera de fantasías. Miremos la realidad. Los gobernantes, lejos de dar dinero por mandar, gobiernan por enriquecerse. Hay, pues, que rendirse a la clarividencia de la verdad. El pueblo, no sólo que no obtendrá los treinta millones que él pagó al Estado, sino que siempre, siempre, percibe menos; pues a los millones que él abona al Estado para que éste beneficie a la nación, hay que restarles los miles y miles de pesetas que los políticos cobran por gobernar al pueblo.

Por consecuencia: si las provincias A, B,

C pagan treinta millones al Estado, éste, los políticos, invertirán en beneficiar al pueblo, a esas tres provincias, veinticinco o veinte millones. La diferencia se la come el Estado, la tragan los gobernantes.

Lo que quiere decir que el pueblo siempre percibe del Estado bastante menos de lo que él, el pueblo, da al Estado. Esto está tan claro que ni el más «eminente estadista» del planeta osará refutarlo, y menos, demostrarle que ello no es verdad.

Si el Estado de esas tres provincias, u otro Estado cualquiera, sólo dispone, para beneficiar a éstas, de los millones que ellas le dan, y él se queda con una buena tajada de esos millones, ¿qué utilidad, qué clase de beneficio puede esperar ningún pueblo del Estado, que le roba?

¡Ninguna, absolutamente ninguna! Se me podrá decir que la provincia B, por ejemplo, ha obtenido tal o cual beneficio del Estado. No lo niego. Pero tampoco me negará nadie a mí que si la provincia esa paga diez millones al Estado y éste le da después doce, los dos millones de beneficio han salido de robar a las provincias A y C, dándoles menos de lo que ellas tributaron al Estado.

En resumen: Cada peseta de utilidad que el Estado proporciona a tal individuo o cual

región, representa el robo de dos pesetas al resto de los individuos o las regiones que forman la nación.

Cada minuto de bienestar proporcionado a una parte del pueblo por el Estado, cuesta un año de sufrimientos a todo el pueblo restante.

Cuanto mayor sea el número de individuos beneficiados por él, tanto más intensos son el dolor y la miseria de los no beneficiados.

Entiéndase bien. Aquí sólo estudiamos la parte económica del Estado. En las demás, la injusticia de los gobernantes es aún peor que en el dominio económico.

El Estado sólo sería admisible cuando los gobernantes no cobrasen nada y dieran a cada individuo lo que éste tributa a aquél. O bien quitara a los que más poseen, para darlo a los que menos tienen. Las tres condiciones son imposibles de cumplimentar por el Estado.

Se impone, pues, amigos lectores, la urgente necesidad de un barrido, que barra hasta lo que huele a Estado. Porque el Estado es tan parásito como ladrón. Y tan irracional e ilógico, como anticientífico y bestial.

¡Se impone la urgente necesidad de reducir a cenizas el Estado!

¡A meditar!

El Algar-La Unión (Murcia), 8 marzo 1934.



El fastidio en la escuela

Luci3n Villeneuve



DOS los autores que se han ocupado de psicología infantil nos pintan el fastidio en la escuela con los mismos negros colores. Leed a Marcel Prevost, a Mauricio de Lleury o a Lacombe, y en todos hallar3is las mismas im3genes e id3ntica indignaci3n.

Emilio Tardieu evoca, en su monograf3a sobre el fastidio, el colegio que lastim3 su infancia, y resume la queja general en los siguientes p3rrafos:

«No hay sitio alguno donde el fastidio se manifieste bajo sus formas m3s feas y 3speras... Sea cual fuere la desventura que le advenga en la vida, no hallaremos un hombre que presente la figura enfurruñada, temerosa y mohina del escolar clavado en los bancos de su clase. ¿Es que sufre por la privaci3n de la libertad o por las obligaciones impuestas a su esp3ritu? Cada temperamento escoge su tortura, pero aqu3 los dos suplicios se asocian y se confunden. Ya hombre, al evocar el pasado infantil, el tiempo de las vacaciones le aparecer3 como el 3nico tiempo realmente vivido, radiante de luz...

»El tedio del colegial toma a veces las formas m3s extrañas y dignas de piedad: odio a los maestros, disputas entre compañeros, pereza invencible, deseos reprimidos y rebeliones. El pobre muchacho est3 como sobre ascuas y se agita y revuelve de tan doloroso modo que causa l3stima tener que castigarle. Ciertamente, no es 3ste el tiempo m3s doloroso de la vida, toda vez que la sensibilidad est3 a3n muy obtusa; pero de todos modos son los ańos m3s grises, m3s 3ridos de la vida.»

¿Ser3 el car3cter obtuso de los sentimientos infantiles lo que aporta un leve alivio al aburrimiento escolar? M3s bien nos parece que son la movilidad y el ingenuo optimismo de los nińos los que alivian aquel aburrimiento: tienden a sobrenadar y nos imponen respeto y consideraci3n para 3stos.

En un manifiesto reciente, Bruneti3re dirige a un profesor esta recomendaci3n desoladora: «No propong3is a vuestros alumnos que se escojan sus horas de estudio y de reposo de modo que el trabajo les parezca una diversi3n. No hay que instruir divirtiendo.»

Sin duda, el objeto del trabajo escolar no es tan f3til como para que se tome riendo; pero si el esfuerzo que exige el desarrollo del cerebro afecta pocas veces el ritmo de la hilaridad, puede tambi3n ser un placer si es sabiamente dirigido. Su objetivo m3s elevado, ¿no es acaso la ampliaci3n de la simpat3a, y, adem3s y por encima de todo, no es mejor enseńar al nińo, que es una felicidad fundirse en la vida universal?

Diversi3n, placer, gozo, felicidad; todos estos grados de la expansi3n satisfecha corresponden a otros tantos grados del conocimiento, son otros tantos peldańos de la jerarqu3a moral. Riendo estrepitosamente el beb3 aprende de su madre a nombrar los objetos familiares, y a pesar de los sermones de Bruneti3re, ning3n peligro vemos en mezclar algunas pastillas de chocolate con los primeros alfabetos del nińo.

¿Acaso el pedagogo no hace un llamamiento a la diversi3n de los ojos cuando ilustra con im3genes los primeros libros escolares? No hay duda de que el placer sensual contribuye a fijar la memoria de los hechos, a hacer florecer en la conciencia una satisfacci3n m3s completa que el solo empleo de una descripci3n verbal.

Toca al profesor presentarse ingenioso a la vez que discreto en la aplicaci3n de este m3todo; pero no negar3is que este m3todo sea general, que se aplica a todas las edades y a todos los 3rdenes de enseńanza. Si quer3is que vuestros disc3pulos os comprendan, no les dig3is como el maestro que regent3 mis primeros ańos de colegio nos dec3a: «Sabed, seńores, que no estamos sobre la tierra para divertirnos.» Al evocar este lejano recuerdo no puedo sustraerme al deseo de reirme y veo otra vez el efecto discordante que este aforismo produc3a sobre nuestras alegr3as in-

La cuestión de la inmunidad

Doctor Herscovici



OR inmunidad se entiende la propiedad de todo organismo de resistir victoriosamente el asalto de los agentes patógenos. Por lo que respecta al cáncer, esta propiedad difiere bastante de aquella que se relaciona con las enfermedades infecciosas. El organismo que soporta un injerto de tejido canceroso y que no da lugar a ninguna proliferación neoplástica está inmunizado contra el cáncer. La inmunidad puede ser celular o humoral; una depende del poder fagocitario —cuyo papel es importantísimo en la inmunidad natural— y la otra, de los anticuerpos del suero, que nacen bajo la influencia de un antígeno o reactígeno.

La inmunidad natural es el patrimonio privativo de la raza o de la especie (porque *in vitro*, el suero normal destruye las células

fantiles. Empleando una locución popular, diré que aquel aforismo «era para nosotros hebreo puro».

Nosotros apodábamos a aquel profesor cándido «la conciencia», a causa de su manía en evocar los principios más austeros a propósito de los incidentes más nimios. Entre su pedantismo y nuestra propensión a la burla se levantaba una valla que es bastante común. Con la costumbre de vivir entre niños, muchos maestros se habitúan a tratar con ellos de igual a igual, olvidando la diferencia de nivel, y se indignan cuando el escolar no les presta la atención, la previsión y la gravedad de que ellos se creen capaces. Obligado a someterse aparentemente, el alumno permanece en estado de insurrección inconsciente y no se da cuenta de la hostilidad que prodiga a la lección diaria...



El desacuerdo entre los procedimientos de enseñanza y los grados del desarrollo infantil: he ahí la causa del aburrimiento escolar...

cancerosas), y la inmunidad adquirida se elabora tan sólo durante el ataque de los agentes patógenos al organismo (y en la que la fagocitosis colabora, tal vez, al mecanismo de inmunidad o intolerancia, según Tzanck).

Las afecciones son las que propiamente determinan la verdadera diferencia entre la inmunidad innata y la adquirida. Según Rubens y Duval, las proteínas, especialmente las globulinas, favorecen los fenómenos específicos de la inmunidad. Parece que las globulinas intervienen eficazmente en la inmunidad anticancerosa que puede presentar diferencias según la neoplasia.

El cáncer tan sólo puede transmitirse a animales de la misma especie zoológica. El hecho de que la transmisión —injerto— prenda únicamente entre animales pertenecientes a una sola especie y el de que, si los fragmentos injertados en los tejidos de otro conservan toda su vitalidad, realice indefinidamente el proceso y estructura de un tumor inicial, demuestra que lo que se perpetúa, de uno a otro trasplante, es una línea celular determinada, la misma que formaba el tumor inicial, pero sin constituir inodilación de gérmenes cancerígenos nacidos en tumores cancerosos, sino injertos de células que pertenecen a un tumor espontáneo. (Según Masson.)

Siendo evidente que entre los animales injertados con parcelas neoplásicas existen algunos que desarrollan proliferaciones cancerosas, en tanto otros anulan y esterilizan la fuerza de los injertos, debemos admitir que hay una resistencia natural e individual contra la enfermedad. Si los animales a los que se aplica el injerto presentan una diferencia específica muy marcada, la trasplatación neoplásica se resuelve dando lugar, temporalmente, a la aparición de un proceso inflamatorio.

Borrel y Gheorghiuix lograron realizar injertos heterólogos utilizando tejidos cancerosos de rata blanca que trasplantaron a los testículos de cobayos y ratones. El tumor evolucionó durante veinticinco días hasta que, finalmente, regresionó. Si las cantidades de injerto no son muy ínfimas, estos animales,

pasado el proceso de reabsorción, hállanse inmunizados contra el cáncer. La raza de los animales —negra o gris—, su edad, la cantidad de injerto, determinadas regiones del cuerpo, influyen en la mayor o menor facilidad de las inoculaciones experimentales.

También poseen un valor importante el intervalo de la inoculación y el período de latencia —puesto que el frío conserva la virulencia—. Los filtratos sin células tumorales no pueden reproducir. Los ratones a los que se suministra inyecciones de células neoplásicas o de glóbulos rojos pertenecientes a la misma especie, estuvieron inmunizados durante quince o veinte días contra la inoculación ulterior de carcinomas.

Al decir de algunos autores, el mecanismo de la inmunidad se caracteriza por una reacción defensiva del organismo o por la formación de tejidos conjuntivos que impiden el desarrollo del injerto.

Como quiera que la inmunidad depende de dos principios fundamentales, a saber: del estado de receptividad del organismo y de la sensibilización, se ha averiguado que en el primer factor hállase en íntima relación con los estados precancerosos (leucoplasia, cicatrices, artrismo, metabolismo nasal) y con el PH del suero canceroso, coeficiente del equilibrio físicoquímico.

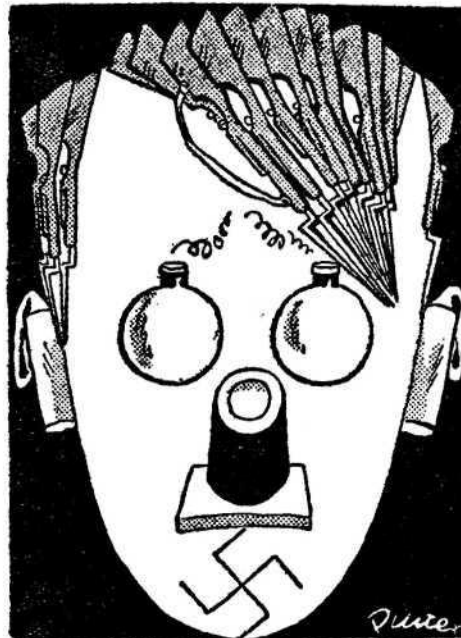
De suerte que, en sentir de Kotzareff y Fischer, la malignidad de los tumores está condicionada por tres factores: la receptividad —debida a una predisposición hereditaria—, la sensibilización —a medida que evoluciona el cáncer el organismo se halla más y más sensibilizado— y, finalmente, la virulencia celular —puesto que la virulencia es menor en los cánceres clínicos que remiten—. Se puede lograr que un animal sea refractario a una inoculación neoplásica por un período de tiempo bastante prolongado, pero no se le puede inmunizar contra un cáncer espontáneo. Dicho en otros términos, y según asevera Lumière, el animal resiste los ataques de los agentes

extrínsecos pero no puede oponerse al proceso que se efectúa en la intimidad de su tejido.

En la actualidad no hay suero alguno capaz de inmunizar artificialmente a un organismo contra el cáncer. Se admite la posibilidad del heteroinjerto; pero cuando se multiplican los injertos, se ve aparecer, diez días después de un trasplante poco activo, un nuevo brote que se desarrolla rápidamente. He aquí cómo conciben Kotzareff y Fischer la caquexia cancerosa: «La vitalidad de las células cancerosas trasplantadas hállase favorecida por la desaparición de la inmunidad natural, de suerte que se forma un estado de anafilaxia cancerosa; la excesiva producción de proteotoxina cancerosa explica la generalización y la crisis de cancerización, puesto que los choques proteotóxicos o hemoclásicos van seguidos siempre de una agravación de los cánceres, produciendo por tanto estos choques proteotóxicos, la caquexia. Otra de las explicaciones que se dan acerca de la caquexia cancerosa es la de que el quimismo de la célula neoplásica es fundamentalmente distinto del que es peculiar al organismo, ya que las albúminas celulares son heterogéneas y diferentes de las proteínas que fabrica el cuerpo. Estas albúminas circulan por el organismo sin que éste pueda utilizarlas; tales albúminas son las que dan lugar a los choques anafilácticos y a la caquexia neoplásica, que es el resultado de aquéllos.

La inyección de células cancerosas, inertes y autorizadas en el hombre, con miras a obtener una vacunación activa, no ha logrado éxito alguno en cuanto a modificar la evolución de los tumores.

En el cáncer experimental, tan sólo los injertos cancerosos vivos y más o menos virulentos son aptos para provocar realizaciones preventivas de inmunización. Finalmente, diremos que unos cuantos autores comprobaron, estos últimos meses, que los hombres y animales afectados por tumores malignos modificaban sensiblemente la ale-



Dejad que los niños vengan a nos

F. Barthe



En torno al niño se desarrolla el combate político, el más cauteloso como el más empeñado, de todos los combates que la política sostiene fuera de la arena parlamentaria. Las Sociedades, las Agrupaciones, ya sean permanentes o excepcionales, se multiplican bajo ese fermento *lei-motiv*. Es innecesario enumerarlas. Las hay laicas y religiosas, neutras, en apariencia por lo menos, con pretensiones de filantropía, desinteresadas, paternas... En el fondo de todas esas obras realizadas en holocausto a la infancia, yace el interés sórdido y feroz de adueñarse de la niñez para obtener mañana el dominio de la juventud y más tarde el de las masas con el fin de ejercer una hegemonía política sobre la sociedad.

Esto es mucho más criticable y mucho más grave que la indiferencia hacia la infancia. El abandono de los niños es algo que entraña inhumanismo criminal, pero la protección de los niños para modelar su vida, falsearla y aprovecharla para apoyo e instrumento más tarde de un poder edificado sobre el error y la iniquidad, es todavía más censurable y más criminal.

El abandono, la indiferencia para con la infancia desvalida y entregada a todos los embates destructivos de las influencias perniciosas, físicas y morales, revela un espíritu egoísta, propio de clases de la Edad Media y, al mismo tiempo, supinamente ignorante de todos los reflejos que produce esa desolación inconcebible que preside el desarrollo de la infancia abandonada a su triste destino.

Pero en medio de todo el sufrimiento, de todas las privaciones, de toda esa cohorte de males que son el lote de la infancia abandonada, subsiste la libertad, una libertad que roza el mugre y el desamparo y la desdicha endémica, pero una libertad al cabo, que hace surgir de esos guñapos de niños, tristes y pálidos, flores marchitas antes de eclosión, hombres conscientes y rebeldes que ningún

respeto deben ni a las instituciones ni al Estado, ni a las clases poseedoras, porque ningún amparo percibieron de ellas. Hombres de espíritu libre y de mirada altiva, capaces de querer mejorar un porvenir acuciado por el horror de su pasado.

En el páramo tétrico de la abandonada infancia, donde sopla glacial y constante el vendaval de la mortandad, algunos de los supervivientes serán más tarde individuos constructivos de un porvenir mejor, artesanos activos y vehementes de un orden de cosas más equitativo, soldados valerosos de una causa noble y protectores incansables y leales de la infancia.

Pero de esa infancia, caída en las redes de la protección hipócrita y vil, de esa infancia de invernadero, librada desde su albor, a los usureros de la caridad, a las Asociaciones diversas, pero de fondo común, que ciernen su égida criminal sobre el infante para captar sus expansiones y sus sentimientos y trocarlos en provecho propio, para torcer su destino con cálculo maquiavélico y castrar todas sus condiciones de futuro hombre libre, apenas señalan su germinación, y aniquilar el receptáculo de sus instintos personales y vaciar la matriz donde debía gestarse su personalidad inconfundible, de esa infancia, más desgraciada aun si cabe que la otra, no esperéis ningún estallido, ningún destello, ninguna fulguración que denote un espíritu libre, una conciencia sin ligamentos, un alma capaz de ascender hacia las regiones de los ensueños de liberación.

Esa infancia de tropel, de formación, bien vestidita, bien alimentada, bien conducida de manos en manos, de protección a protección, no puede más que transformarse mañana en una humanidad llana y uniforme, obediente y gregaria, servil y repugnante, buena tan sólo para formar la comparsa de la comedia dorada y la fortaleza para defender los amos, sus protectores dichosos de ayer.



El problema de la delgadez

Dr. Eduardo Arias Vallejo



STOY gordo? ¿Cree usted que estoy delgado? ¿Cuánto debo pesar? He aquí unas preguntas que, con mucha frecuencia, nos hacen a los médicos nuestros enfermos y aun las personas sanas que nos rodean. Y no es fácil contestarlas; hay que tener en cuenta muchos factores individuales: el tipo biológico; la raza; si son mujeres; su estado, etcétera. Pero como regla general podemos decir que una persona debe pesar dos o tres kilos más de los centímetros que sobre el metro tiene de estatura. Así, para una talla de 1 metro 60 centímetros, el peso será de 62 a 63 kilos. Las cifras inferiores a la obtenida de esta forma se consideran ya anormales y deben ser motivo de preocupación.

Las causas a las cuales se debe la delgadez son muy variadas. Podemos clasificarlas en dos grupos: las que dependen de la persona misma y las relacionadas con procesos patológicos que sufre su organismo. Entre las primeras tenemos el ejercicio corporal exagerado, casi siempre realizado en forma de deportes completamente anárquicos en cuanto a su derroche de energías, practicados sin un previo examen de capacidad física, en cada caso. También hay que contar en este grupo las ligadas a una alimentación insuficiente. ¡Cuántas muchachas desfilan ante nosotros alarmadas por una delgadez que ellas mismas se han acarreado por absurdos y caprichosos planes alimenticios «para adelgazar» elaborados por ellas mismas o recomendados por profanos en la materia! El organismo, para su nutrición, necesita un número determinado de principios (grasas, hidratos de carbono y albuminoides) en relación con sus energías gastadas, y toda cifra inferior a ésta lleva consigo un consumo de sus materiales de reserva, con la consiguiente desnutrición. En cuanto al grupo verdaderamente patológico, vemos que la delgadez se produce por enfermedades del aparato digestivo, por algunos procesos de los órganos

endocrinos y por las infecciones en general. Entre las enfermedades digestivas, hacen adelgazar, en las localizadas en el estómago, la úlcera, por los vómitos repetidos y el temor a las comidas por los dolores consecutivos a ellas, y la gastritis, por la enorme inapetencia que trae consigo; y en las de localización intestinal, las enteritis y las colitis, por la diarrea que producen y que impide la asimilación de los alimentos. Las enfermedades que afectan a los órganos endocrinos o glándulas de secreción interna, producen la delgadez con mucha frecuencia. El hipertiroidismo o el bocio exoftálmico consumen al organismo con rapidez increíble, presentando al mismo tiempo otros fenómenos: agitación continua, humor variable, sudores, mirada viva con ojos muy abiertos. La insuficiencia hipofisaria también hace adelgazar en algunos casos, así como la insuficiencia suprarrenal o «enfermedad del bronce» (color bronceado de la piel, aparición de numerosos lunares y cansancio profundo). La hipofunción del páncreas o diabetes produce una delgadez que se acompaña de hambre y sed desmesuradas y aumento de la cantidad de orina. Por último, todos sabemos que todas las infecciones en general, agudas o crónicas, acarrear una depauperación orgánica, pero entre ellas es la tuberculosis la que aparece un mayor número de veces en la etiología del adelgazamiento y, a veces, son formas tuberculosas poco llamativas en cuanto a otros síntomas y, por tanto, no fáciles de diagnosticar.

En nuestro país todas estas causas son frecuentes, pero, desde luego, la tuberculosis creo es la que más encontramos en nuestros enfermos, sobre todo en los muchachos jóvenes. El hipertiroidismo también se halla con facilidad, y en las personas de cuarenta años en adelante la diabetes juega un papel primordial. En cambio, en los cuatro años que hace ejerzo la profesión en Madrid, y en 156 casos de delgadez tratados, no he encontrado uno sólo que tenga como único origen la sífilis, a pesar de que así lo afirman bastantes autores.

Muchas consecuencias puede acarrear a

La guerra del petróleo

Alberto Champdor

II



¿QUERÉIS tomaros la molestia de leer una breve exposición de los conflictos desencadenados por la lucha mundial para la posesión del petróleo?

Hela aquí:

Durante la guerra mundial, las expediciones realizadas contra el territorio del Mossul, debieron, primordialmente, a la riqueza petrolífera de sus llanuras.

La tensión más grave en las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la Gran Bretaña débense a una cuestión acerca del petróleo.

Fué también el petróleo el que lanzó a la guerra, en 1914, al imperio otomano y a Inglaterra, y no los mentidos postulados del Derecho y de la Justicia que tanto invocara la rubia Albión, y acerca de cuya interpretación ya sabemos a qué atenernos. Inglaterra es el vivo ejemplo del egoísmo que sacrifica en pro de sus intereses peculiares la razón del verdadero derecho y de la injusticia real.

El petróleo ha fomentado las revoluciones

de Méjico, derribando uno tras otro a los presidentes y haciendo incluso que cercaran sus fronteras ejércitos de otros países.

La U. R. S. S. es la nación del mundo más rica en petróleo, y, por este motivo, los magnates de los poderosos trusts petrolíferos han suscitado en el seno de la Unión Soviética desórdenes políticos, maniobras financieras, tensiones diplomáticas, etc., con el fin de poder llegar a la conquista de sus zonas petrolíferas cuyo valor sobrepaja al de los yacimientos de los Estados Unidos.

Como quiera que la necesidad de petróleo se ha convertido en vital para los pueblos, han surgido las rivalidades agudas entre éstos. Estas luchas económicas han precisado de una inversión de capitales cuyas cifras rebasan todo cálculo por lo fabulosas y el apoyo de los Gobiernos respectivos. Estos trusts, como la Royal Dutch Shell y la Standard Oil, extienden sus campos de acción, ampliando constantemente su esfera de influencia. Entonces, de meramente económica, la lucha se desenvuelve en el terreno político, se hace más áspera y puede llegar muy lejos, haciendo intervenir incluso a los ejércitos. No basta con adquirir nuevas concesiones, construir «pipalinas» y nuevos pozos, gracias a los cuales

una persona su excesiva delgadez, pero, sobre todas, se hará patente la falta de defensa y de materiales de reserva para luchar contra cualquier infección, por pequeña que ésta sea. Una sencilla gripe, una ligera bronquitis que en cualquier persona de peso normal se soporta bien, en otra que padece ya una desnutrición son de pronóstico mucho más serio, y no digamos nada si se trata de una pulmonía o de una tifoidea.

El tratamiento más indicado para lograr un aumento de peso es muy difícil de concretar. En éste, más que en ningún otro momento de la Medicina, hemos de recordar que «no hay enfermedades, sino enfermos»; es decir, que es necesario individualizar, y el éxito de él depende de que haya sido precedido de un detenido estudio de las causas originarias de que ya hemos hablado. Desde luego, la mayoría de las veces hemos de recurrir al

reposo, pero aun éste es muy distinto de unos casos a otros: una persona delgada, tuberculosa, debe permanecer echada todo el día, mientras que a un diabético le bastará con una hora después de cada comida. La sobrealimentación también es regla general pero hay que regularla, no sólo en cantidad sino en calidad, administrando preferentemente grasas e hidratos de carbono (féculas), y no digo nada si el enfermo pierde de peso por causas digestivas, hipertiroideas o diabéticas; entonces son necesarios regímenes más complicados que requieren un estudio cuidadoso. Por otra parte, cuando la delgadez es producida por una enfermedad de las ya citadas se hace necesario, naturalmente, tratar ésta, pues de lo contrario no logramos ningún resultado; en fin, que como ya he dicho, cada caso precisa un estudio y un tratamiento completamente personales.

pueda controlarse la actividad industrial, sino que hay que hacer más. Y toca a los elementos políticos llevar a cabo las bajas labores, los rastros cometidos, gracias a los cuales podrán salvaguardarse sus intereses y acrecentarse sus dividendos.



¿Cómo se distribuyen, en la superficie térrica, las reservas subterráneas de petróleo?

Sería muy difícil expresarlas en cifras exactas si se tiene en cuenta las probabilidades de error de los tecnicismos geológicos y de las naturales exageraciones patrióticas. Incluso el valor de los yacimientos actualmente en explotación es muy discutible. No obstante, todos los técnicos que procuran evaluar el volumen de las corrientes verduscas que discurren invisibles, a unos centenares de pies bajo tierra, están contestes en conceder el máximo caudal a Rusia, situándola a la cabeza de las naciones productoras de petróleo. El ingeniero L. Fannings, de la American Petroleum Institut, afirma que los manantiales petrolíferos soviéticos son mucho más importantes que los de la Unión Americana. Lomov, antiguo presidente de la Nafta rusa del Petróleo, pretendía que las más ricas regiones productoras de petróleo, los extensos territorios descubiertos recientemente en el Turquestán, pueden producir unos ocho billones de barriles al año. Pero parece seguro que la cifra total que se obtenga será mucho mayor todavía. Así, la relación con los mejores terrenos americanos, cuya producción se estima en unos ocho o nueve billones de barriles, viene a ser a la par. Persia y Turquía, actualmente producen, en conjunto, de cinco a seis billones de barriles.

En Europa no existen casi yacimientos de este precioso líquido. Los pozos de Polonia y de Rumania hállanse deteriorados, y en cuanto concierne a los demás países del viejo continente, es mejor que no hablemos de sus recursos naturales. De suerte que un peligro terrible, insospechado al principio, un peligro cuyas consecuencias pueden ser dramáticas para la historia del género humano, va delineándose en el horizonte: es el agotamiento próximo de los yacimientos petrolíferos. Ya que, a despecho de las investigaciones de los ingenieros de todos los países, que analizan, sondan y estudian constantemente el subsuelo, el peligro de una penuria de petróleo hacia 1940, subsiste, amenazador y angustioso.

«Dentro de algunos años —escribe el señor

Luis Fischer en su obra famosa *L'Imperialisme du pétrole*— los trusts americanos se verán, tal vez, obligados a renunciar a sus negocios con los extranjeros, y el resto del mundo dependerá, entonces, por lo que afecta al aceite mineral, bencina, aceite para máquinas, etcétera, de la Rusia soviética, de Persia y del Mossul, si es que los depósitos o yacimientos allí descubiertos poseen un valor comercial verdadero y durable.»



Se está elaborando, pues, una guerra económica.

Mañana, cuando los monstruosos apetitos de dominación estallen en todas partes, entre los grupos petroleros apoyados por su respectivo Gobierno, contemplárase la inaudita barbarie, la invasión de los tiempos modernos que arrojará a los ejércitos, científicamente equipados, unos contra otros para la conquista de los últimos yacimientos de petróleo conocidos. Entonces, desgraciado del pueblo que no posea recursos naturales de donde extraer el oro líquido —que más precioso que el oro es el petróleo— porque, indefectiblemente, será esclavizado por los nuevos conquistadores. Los campos de batalla estarán situados en torno a los pozos petrolíferos, milagrosos manantiales de vitalidad para las industrias; desdichadas también aquellas naciones que, hallándose en posesión del petróleo, no sepan defenderlo convenientemente contra las asechanzas de los invasores.

Durante siglos, el oro alimentó todas las bajezas, todos los odios y todas las concupiscencias del mundo; reguló las oscuras y tenebrosas labores de los diplomáticos; aseguró, en tiempos remotos, la hegemonía del Asia brutal y mística, pletórica de oro y corrompida por sus fabulosas riquezas. El oro perdió al Asia, que se había trocado en el punto de atracción de los bárbaros, cuya invasión hubo de sufrir, los cuales la saquearon, destruyendo sus orgullosas ciudades, arrasando a sangre y fuego incluso las más lejanas provincias. Luego, el imperio romano dictó su voluntad al mundo en el apogeo de su grandeza, porque, a su vez, había acumulado el oro, es decir, el poder. Le era dable fundar una capital digna de su gloria, comprar poblaciones enteras cuando sus legiones no las conquistaban aniquilándolas; seguir el vuelo majestuoso de sus águilas destinadas a tan elevadas gestas, y le permitía creer que Roma, por los siglos de los siglos, sería el centro del mundo.

Surgió después el cristianismo. Dios, en la actualidad, es rico —los guardianes de los tesoros vaticanos no me dejarán mentir—. Su poderío se basa, igualmente, en su riqueza. ¡Siempre el oro! Por mediación de este metal pueden adquirirse, a un precio vil, las conciencias siempre dispuestas a realizar los más turbios cometidos.

Llegó, por fin, un modesto investigador francés, a quien el edicto de Nantes había expulsado de Francia obligándole a refugiarse en Alemania, el cual, aun hallándose en una pobreza extrema, prosiguió en silencio sus trabajos acerca de la elasticidad del vapor de agua, y consiguió convertir en fuerza la energía obtenida por medio de la compresión del gas. Sus experiencias habían de dar nacimiento a la máquina de vapor, que iba a revolucionar la industria. Pero este sabio fué asesinado vilmente y hecho pedazos su cuerpo por unos marinos que, poseídos de pánico, propio de la ignorancia y de la superstición, creyeronle entregado al demonio. Llamábase este sabio Dionisio Papin. Su nombre constituye el hito inicial de una era nueva que revolucionó las actividades industriales, dándoles un impulso que nadie había podido calcular. Su invención cambió de lugar los valores de la riqueza de los pueblos. El oro comenzó a perder su prestigio en provecho de la hulla. Y las naciones disponíanse, en esa época histórica, a sufrir la influencia de la constitución, carbonífera o no, de su subsuelo. Así, de improviso, su poderío se relacionaba con la riqueza hullera del terreno. Cuantos poseían carbón gozaron de los beneficios inherentes a la prosperidad. Y el progreso de las ciencias aplicadas adquirió carácter universal. La civilización había sido esclava del oro. Y se trocaba, entonces, en servidora de las máquinas. La garantía de seguridad, más que el oro, fué la hulla.

Acababa de nacer el siglo realista, la centuria del carbón.



Surcaron los océanos las naves a vapor, aparecieron las vías férreas esmaltando con sus relucientes railes las desérticas estepas o las fértiles llanuras, acortando las distancias y uniendo entre sí los más apartados rincones del globo. Multiplicáronse los intercambios internacionales, beneficiando a cuantos fabricaban productos manufacturados. Y la industria reemplazó al artesanado. Como el antiguo imperio de los Césares no poseía carbón, hubo de vivir con el recuerdo de sus victorias pretéritas, y púsose a pensar, nostálgi-

camente, en la incertidumbre de los humanos destinos. La hulla perturbó el secular ritmo social e incluso las relaciones de los pueblos entre sí.

Pero ya desde los comienzos de la explotación de la hulla, comenzaron a atormentar a los sabios y a los técnicos serias preocupaciones. Se daban cuenta de que tan pronto como las reservas de este mineral comenzaran a agotarse, la magnífica industria estructurada por el capitalismo y los pingües beneficios inherentes a la misma iban a naufragar. Calcularon que los yacimientos hulleros podían suministrar carbón al mundo por espacio de un siglo aproximadamente. ¡Cien años! Pero no más. Entonces, ¿en qué habían de convertirse esos millones de máquinas, que eran capaces de devorar todo el carbón de la tierra, si llegaba a faltarles el combustible? Mas los lamentos de los sabios calculadores no hallaron eco. El conocimiento de la psicología colectiva humana nos permite percatarnos de que las gentes prefieren vivir al día que preocuparse de lo que haya de acontecer mañana. Los pueblos hallanse ya bastante afligidos con sus miserias y conflictos actuales para que les sea dable prever o preocuparse de aquellos que el porvenir habrá de depararles. Además, en ocasiones, algunas circunstancias imprevistas pueden desequilibrar las especulaciones aparentemente más sólidas y aun conmovier y derribar las teorías universalmente admitidas. Toda la historia de la humanidad nos ofrece múltiples ejemplos de estas casualidades que cambian, en veinticuatro horas, la faz del mundo —o su máscara—.

Pero cuando las preocupaciones de algunos técnicos, acerca de la posible falta de hulla, comenzaban a ser angustiosas, surgió el petróleo.

Y otra vez la civilización hubo de rectificar la medida clasificadora de sus valores.

Unos se convirtieron en privilegiados, los otros en sacrificados.

Y la rueda continúa dando vueltas.



Así llegamos a la primera fase —pacífica aún— de la extraordinaria epopeya, y vamos a ver cómo la política internacional ha desarrollado y sostenido, según convino a los más encontrados intereses, las innúmeras batallas que ya se han librado para la conquista del petróleo.

Quando se conoció el texto del acuerdo de San Remo, los omnipotentes medios petroleros americanos exteriorizaron un a modo de sorpresa que no tardó en manifestarse bajo

la forma de ataques violentos. ¿A qué se debía semejante indignación? ¿Y qué acuerdo para que tuviera la virtud de levantar tamañas controversias?

Helo aquí:

Francia e Inglaterra aprovecharon la reunión internacional de abril de 1920 para fijar las bases de una posible alianza de ambos Gobiernos en la lucha por el petróleo, y, según los términos del convenio, la extracción del petróleo de los campos mesopotámicos podía correr a cargo de la Gran Bretaña, en cuyo caso Francia recibiría la cuarta parte de la producción neta —quedando así ésta como la beneficiaria real— o bien la explotación de los yacimientos podría confiarse a una Compañía concesionaria cuyo consejo directivo hubiese sido elegido previamente, de común acuerdo, por ambas naciones. Francia se comprometía a construir dos «pipalinas» con el ferrocarril correspondiente para su mantenimiento y el transporte de los petróleos desde Persia y Mesopotamia hasta uno de los puertos del Mediterráneo que estuviese situado en su zona de protectorado.

Se me objetará que, con semejante alianza, Inglaterra no iba a ganar nada. ¿No cometería un negocio ruinoso y equivocado asociando a la explotación a una nación como Francia, que nada poseía, en tanto que ella lo tenía todo? Nada de esto. Las alianzas internacionales no han sido jamás, ni son, obras filantrópicas; juegan en ellas un papel preponderante los intereses secretos, que especulan mucho más hacia el porvenir que en el presente y se ocultan siempre tras aparentes ven-

tajas que, luego, resultan cargas. Y si se tiene en cuenta la reciente rivalidad de Inglaterra con los trusts petroleros americanos para la conquista del mercado mundial, se comprenderá por qué la Gran Bretaña intentaba escurrirse tras el prestigio de Francia que, a su lado, se convertía en un peón más que había de actuar en el juego para el logro de sus designios. Compréndese, también, así, la indignación de las compañías petroleras americanas que veían cómo se iba a organizar el aprovisionamiento de Europa en petróleo, en perjuicio de sus intereses.

Empezaba oficialmente la lucha entre Inglaterra y los Estados Unidos, y, solamente ahora, con la distancia a que nos sitúa el tiempo transcurrido y que nos permite juzgar los acaecimientos con menos pasión y abarcando un horizonte mucho más vasto, podemos darnos cuenta, con terror, de que se cernió sobre el mundo la amenaza de un nuevo conflicto armado. Sí, pudo haber estallado una guerra cuatro años después de firmado el Tratado de Versalles y de fundarse la Sociedad de las Naciones; una guerra alimentada exclusivamente por los intereses de los trusts petroleros; conflagración ocasionada tan sólo por el petróleo y que estuvo a punto de ensangrentar nuevamente el mundo.

Los grandes rotativos de los Estados Unidos que —según expresión de León Daudet— veíanse patrocinados por el Gobierno y subvencionados con los fondos secretos del mismo, envenenaron la tensión diplomática que la publicación del acuerdo de San Remo había provocado entre Londres y Nueva York.



El amor plural frente a la camaradería amorosa

María Lacerda de Moura



HAN Ryner asevera que si tuviese que elegir entre la concepción del amor de Armand y el amor único, preferiría tal vez a éste, pero lo más seguro es que se quedara sin ninguno de los dos. El pluralismo de Armand, al decir de Han Ryner, en su magistral libro *L'Amour Plural*, «es la peor de las servidumbres». En efecto, esclaviza a la mujer, la hace servil y mata el verdadero amor; es el retorno a la promiscuidad, al comunismo sexual degradante, en el cual la mujer continúa representando el papel de cosa, objeto de placer, elegida siempre y casi nunca con derecho a escoger... Hembra con muy pocos derechos y obligada a prestarse constantemente a la imposición de todos los que forman el núcleo de asociados al grupo Atlantis.

Cierto es que el contrato es voluntario, pero no es menos innegable que la mujer lo acepta, casi siempre, irreflexivamente, y continúa siendo explotada por la astucia masculina.

De otro lado, es evidente que la promiscuidad repugna a la naturaleza femenina, pues incluso las prostitutas, que se habitúan a la íntima convivencia con todos los hombres, sean éstos de la condición que fueren, por obligación de su «oficio», sienten repulsión y aun vergüenza hacia el comercio que ejercen, y por ello tienen siempre su amante, su «gigolo» o «macarrón».

Generalmente, el amor de la mujer es más sentimentalista que sexual. En esa a modo de cooperativa amorosa que preconiza Armand, el amor se trueca en un artículo que forma parte de la ley de producción o de consumo del organismo colectivo y está sujeto a la oferta y a la demanda. En la sociedad «armandista» amorosa, están todos obligados a

la reciprocidad por el contrato que se establece, pero la mujer saldrá siempre perjudicada del mismo y aun explotada. Confesemos que semejante papel —que algunos libertarios han asignado a sus compañeras— es deprimente e indeseable y repugna hondamente a todas las conciencias realmente libres. La mujer superior elige sus amores; pero no se somete a la imposición de un individuo y menos aún a la de un grupo cualquiera.

Si es verdad que deseamos encaminarnos hacia la maternidad libre, hacia la instauración de un matriarcado consciente, ¿cómo puede imponerse a los individuos que forman parte de un grupo de camaradas, el compromiso de la promiscuidad o del comunismo sexual, aunque se oculte tras el apelativo de «camaradería amorosa»? Además, semejante sistema instauraría una ética de despreocupación absoluta: nadie pensaría en la selección humana, en el eugenismo y en la elevación gradual de la humanidad, de suerte que la mujer habría de recurrir, tal vez, al infanticidio.

Por otra parte, existe una poderosa razón de orden fisiológico que abona mi tesis, y es que la Naturaleza ha hecho apta a la mujer para satisfacer la libidinosidad de muchos hombres; el varón, en cambio, no tiene capacidad ni resistencia para dar satisfacción a varias mujeres.

Creo, pues, que María Luisa —la heroína de *L'Amour Plural*—, tiene razón al decir: «Sospecho, a veces, que en su camaradería amorosa y en la que practican los «compañeros de L'en Dehors», hay una simple precaución de viajero que quiere evitar recurrir al lupanar. El que pasa, coge todas las flores que le vienen a la mano, y sus continuos viajes le permiten evitar, sin esfuerzo alguno, aquellas que le podrían desagradar. Así, el «todas para todos» tiene, en él, un sentido generosamente práctico; pero el «todos para

todas» se trueca en un principio prudentemente teórico.»

Que me perdone el camarada Armand, pero yo también, con María Luisa, me siento desconfiada. Creo que la camaradería amorosa —resumida en la máxima «Todas para todos; todos para todas»— ahoga la ternura cariñosa y la propia simpatía que induce a la elección.

E. Armand, en su periódico *L'en Dehors*, decía en cierta ocasión: «Ne montrez pas en public —et parfois en privé— plus de préférence qu'il n'est nécessaire pour tel, telle ou tels camarades particuliers.» Es decir: «No demostréis públicamente —a veces ni siquiera en privado— mayor preferencia de la que es indispensable para este, esa o aquellos camaradas determinados.»

Entonces, so pretexto de que no debo hacer sufrir, ¿me veo imposibilitada de escoger mis amigos entre todo el grupo de camaradas? Esto constituye una regla conventual, de asilo frailuno. Además, ¿qué clase de sufrimiento puedo provocar creándome amistades especiales? Los que sufrirían, en tal caso, serían los celosos exclusivistas que no tienen derecho alguno a privarme de mi entera libertad. La amistad, la simpatía y el amor no se imponen. Son sentimientos espontáneos y, regularlos y constituirles en cooperativa de producción y consumo, de igual manera como se crea una cooperativa de fabricación y uso de calzado o de productos agrícolas, es considerar el amor analizable como cualquier otro producto orgánico y desconocer en absoluto la psicología humana. Es poner al mismo nivel terrero de la secreción biliar o renal los «complejos afectivos» o psicológicos.

La vida afectiva o mental no puede ser analizada en retortas ni alquitaras, como la orina o la sangre. Las investigaciones de los gabinetes de antropología psicológica experimental han hecho emitir las más disparatadas conclusiones: cada sabio las interpreta conforme a los principios que defiende... Es, por tanto, evidente, que las manifestaciones de la vida sentimental o psíquica escapan a las más meticulosas y sutiles investigaciones de los sabios de mayor categoría. Cada día se estudian más esos complejos y descubrimos que son complicadísimos efectos de causas cuyas leyes todavía no nos ha sido dable perescrutar.

La verdadera sabiduría pone un punto de interrogación ante las incógnitas que bullen y se agitan en nuestra mente limitada, servida o auxiliada por sentidos groseros que no

pueden captar plena e íntegramente los delicados estremecimientos de la naturaleza humana.

Formar una cooperativa amorosa sujeta a la ley de la oferta y la demanda, no puede tener más resultado que despertar apenas en nosotros el erotismo vicioso, los instintos puramente carnales, casi siempre adormecidos en las criptas profundas de nuestro «yo», relegados por la razón.

Armand combate denodadamente, con razón y justeza, admirablemente —y en ello le aplaudo, sumándome a su laber— los celos, el exclusivismo sexual y el propietarismo amoroso. Pero no creo que su cooperativa sea capaz de poner término a tales sentimientos inferiores; por el contrario, estimo que los suscita, los estimula y que puede crear en las juventudes un a modo de cinismo vulgar semejante al de los explotadores de mujeres. ¿Qué papel le está, pues, reservado a la fémina?

No creo que sea dable desempeñe el de esa muchacha que, al decir de su hermano, joven defensor de la «camaradería amorosa», había tenido ya, en pocos años, más de TRESCIEN-TOS amantes. Esto es una verdadera monstruosidad, y si esa chica no vive de la prostitución es, necesariamente, una anormal.

Una fórmula amorosa semejante constituye tan sólo el reinado del erotismo en sus más groseros y bajos estremecimientos. No existe delicadeza ni generosidad alguna en el hecho de que los individuos se entreguen indistintamente unos a otros, a cada instante, partiendo de un compromiso de grupo cooperatista de amor, o so pretexto de un principio libre, comunista, defendido paradójicamente por individualistas anarquistas...

El amor es una elección no deliberada; es una como predilección impulsiva de nuestras fuerzas internas, sacudidas por un algo misterioso; es la libertad absoluta de escoger espontáneamente —y podríamos decir que inconscientemente—, pero nunca la promiscuidad ni el servilismo gallináceos.

Exigir o someterse envilece, humilla y deprime a ambos partícipes en la experiencia de amor. Y no es preciso defender principio alguno ni ser asociado a ninguna entidad para hacer lo que hacen todos los hombres —o lo que quisieran ver realizado—: tener todas las mujeres jóvenes y hermosas a su disposición.

Pero como la Naturaleza creó al hombre de manera que es fácil de saciar, y la mujer, de otro lado, es la que plasma y crea una nueva forma de vida en su seno cariñoso,

Los fracasos del amor

Isaac Puente



En la Dirección de la revista ESTUDIOS he recibido el encargo de escribir una obra dedicada al tratamiento de la IMPOTENCIA SEXUAL. La gran cantidad de consultas recibidas, pidiendo remedio para esta causa de infelicidad y de desgana de vivir, hacía tiempo que me incitaba a hacerlo. Falta material de tiempo y de tranquilidad para acometer una tarea así, me impidieron hacerlo. Hoy, que la forzada permanencia en la cárcel me obliga a estar ocioso, intento realizar este trabajo, procurando poner al alcance de los lectores de esta Revista lo que de tan diverso modo me ha sido solicitado por correspondencia.

Si bien es cierto que no todo tiene remedio en el estado actual de nuestro conocimiento, hay mucha desgracia que puede ser aliviada y mucha ignorancia por reparar. A procurarlo tiende mi esfuerzo.

La impotencia sexual, mejor diríamos la incapacidad para satisfacer normalmente el apetito sexual, tiene distinta motivación en los dos sexos. Por ser más imperativa esta necesidad en el hombre, reviste en él una mayor importancia y tiene el problema una mayor complejidad.

A la impotencia sexual se la divide en impotencia para el acto carnal o impotencia cœ-

undi, y la impotencia para la reproducción llamada impotencia *randi*. Es a la primera, a la que aquí nos vamos a referir. En la mujer, a la primera se la denomina *frigidez*, y a la segunda, *esterilidad*.

Este primer folleto trata exclusivamente de la impotencia cœundi del varón. La frigidez y los trastornos de la cópula que resultan de faltas mutuas serán tratados en otro folleto, continuación del primero.

Base del placer orgánico más intenso, verdadero *leit-motiv* de la vida, el orgasmo venéreo obtenido por la copulación de la pareja humana, va siendo reivindicado en el siglo de la revolución sexual en que vivimos. Más profunda que la revolución política y social, la operada en las ideas sexuales tiene una abundante bibliografía, y está socavando los prejuicios y la ignorancia en que la ha tenido sumida nuestra civilización cristiana. Igual que las ideas sociales renovadoras se involucran con la delincuencia, las ideas sexuales emancipadoras se confunden con la pornografía y con la sucia mercadería libidinosa. Y si hemos desafiado la condenación jurídica y el anatema policíaco y la basura de los calabozos y de las cárceles, donde se tortura la carne delincuente, estamos prestos a desafiar también la cólera de los moralistas y la mentalidad zote de los que aparentan limpieza ética, para ocultar la purulencia de sus perversiones mal disimuladas.

Han Ryner, en su novela «de hoy y de mañana» *L'Amour Plural*, hace lo contrario de lo que preconiza Armand. Y Orfeo es el elegido, y, cual un nuevo Don Juan de un amor inédito, acepta el amor sincero de cualquier mujer, siempre que esa nueva fortuna no pueda mermar sus riquezas anteriores.

En la concepción del amor en camaradería, de Armand, la mujer es un ente pasivo; continúa siendo víctima de su falta de iniciativa y es como una esclava de harén, a fin de cumplir el precepto sofisticado y seudosentimental de «no hacer sufrir». Sujetándose a este lema, tomado al pie de la letra, la mujer joven y bella no tendrá tiempo para otra cosa

si no es mitigar los posibles «sufrimientos» de cuantos la soliciten... y evitar problemáticos dolores futuros.

En el amor plural de Han Ryner es la mujer la que elige a su compañero y a él no se le pide sino que esté a la altura de comprender el acto por ella realizado. Tanto peor para ese «compañero» si no es capaz de interpretarlo debidamente.

Para Han Ryner, la frase «no hacer sufrir» tiene una significación más elevada, posee un mayor alcance ético, hállase plétorica de posibilidades sentimentales afectivas, es, en fin, la sublimación del amor libremente sentido y satisfecho.

Con la misma desprejuiciación del movimiento nudista acometemos esta tarea de divulgación, atentos al bien que podemos hacer y sin fijarnos si ello puede tildarse de torpe incentivo erótico. Tampoco el sol, cuando brilla en la altura limpia de nubes, repara en si puede desteñir unas percalinas ni en si puede ofender la blancura enfermiza de una piel degenerada.

En tanto nuestra civilización acepta todos los refinamientos sensoriales, desde los más inocentes a los más perniciosos; mientras se fomentan todas las licencias de la mesa y nos habituamos al sibaritismo de todos los sentidos, se envuelve en una atmósfera prohibicionista, sepultándolo en el fango de la ignorancia y de la suciedad, no ya sólo al refinamiento del placer sexual, sino hasta el mismo acto fisiológico de la copulación.

Pero la corriente de ideas emancipadoras del placer carnal tiene tal impulso que hasta merece concesiones de los teólogos y de la apologética católica, pongamos por tipo de intransigencia y oscurantismo. El acto de la cópula no debe seguir siendo reducido a la posesión brutal de la hembra, atropellando ciegamente su fisiología. Por el contrario, los

prolegómenos del acto sexual, cultivados por los pueblos de civilización oriental, tienen perfecto derecho a ser considerados como legítimos complementos de la copulación. Con tanto motivo como se justifica un aperitivo o un entremés en nuestra alimentación.

Una aportación valiosa, en este sentido, es la obra de Van de Velde, notable ginecólogo austriaco, en la que la cuestión sexual es tratada ampliamente y con la máxima seriedad científica. Lástima que esta obra, por su extensión y elevado precio no pueda contribuir, entre el proletariado, a la evolución de ideas que está llamada a producir entre la clase intelectual y burguesa.

Recientemente ha sido traducido al francés un libro del doctor socialista, Max Hodann, que, en forma dialogada, trata de hacer llegar a un público más amplio estas ideas reivindicadoras del derecho al placer de la copulación. Este libro, titulado *Amor y Sexualidad en la Biología y la Sociología*, no ha sido, que sepamos, traducido al castellano.

Con menores vuelos y mayor concisión aportaremos a esta causa nuestro grano de arena.



"Infancia en cruz"

Luis Huerto



AS madres son santas. Sí, pero las madres también son bestias. Las hay santas y bestias en una pieza y por mitad. Otras tienen mucho de santas y poco de bestias; en cambio, las hay que tienen muy poco de santas y casi todo su ser es de pura bestia. En general, paren y crían a sus hijos igual o peor que bestias. Todos llevamos en el fondo de nuestro empujón los recuerdos de infancia en que la injusticia o la barbarie de la madre imprimió para siempre una huella indeleble. De esto yo ahora no siento odio, sino lástima.

Pedro R. Piller publica en estos días un libro que es un documento más en la serie ya larga de las acusaciones contra una maternidad in noble. El libro se titula *Infancia en cruz* y está escrito con esa cualidad básica que debe tener todo libro para ser interesante: sinceridad. Ya sabemos que la mentalidad burguesa ama y cultiva el tapujo, pero esto es simplemente puercos. Y por eso, los higienistas lo rechazamos de plano. Este libro es un documento vivo que se ofrece como ejemplo confirmatorio de los descubrimientos revelados por la psicoanálisis. «*Toda mi juventud ha sido envenenada por mi infancia*»; esta es la penosísima confesión del autor, y el factor causante del intoxicamiento moral, la propia MADRE. Lector, no estamos, por desgracia, ante lo inaudito. Otras vidas hay en este mismo estado. Aquí se repite el caso de Oscar Wilde, el de Baudelaire y tantos otros ya registrados en la literatura. Calculemos otros millares de infortunios infantiles que viven, han vivido o vivirán inéditos.

La madre de Baudelaire no es, precisamente, el caso de la madre de Piller; aquélla hizo con su torpe inconsciencia que su hijo descendiera en brazos de una negra a los más turbios fosos de la sensualidad pervertida. Y eso que no era más que una «burguesa», «buena» pero

«burra». La madre de Piller era «burguesa», «bruta» y «burra». Esto es lo que se advierte por fuera solamente. Porque, ahondando, hay en esta mujer unos «complejos» morbosos dignos de una cuidadosa investigación psicoanalítica. Y paladinamente confesamos nuestra opinión favorable a la publicación de este libro amargo, mortificante y corrosivo. La verdad hay que gritarla a los cuatro vientos. Sólo así seremos libres. Aquel tópico clásico del juez griego que dijo a un hijo que pedía justicia contra su padre: «Si no tienes razón serás castigado, y si la tuvieses merecerías serlo», ya no nos sirve. La paternidad no es ningún privilegio. Lo ha sido, pero no debe serlo.

Todavía hoy hay quien considera sagrada la maternidad. Pero no se hace cargo que la maternidad pronto será considerada como un hecho criminal —de lesa humanidad— cuando, como hoy ocurre, una mujer ciega de amor se ayunta y deja embarazar por un borracho de amor para lanzar al mundo como lanza bombas un mortero, un número desmedido de seres «indeseables», fatalmente, bestialmente anulados por la inconsciencia de los padres. La maternidad está pidiendo a gritos el control social.

No se puede dejar al libre arbitrio el hecho social básico de traer hijos al mundo. Y esto por razones que ahora no vamos a exponer, sino meramente señalar. La primera es de carácter demográfico: *hambre y prole* son dos factores conjugados; la población debe aumentar con un ritmo saludable, que la comunidad organizada debe establecer. La segunda razón es eugénica: lo que nazca debe ser de excelente calidad, obra de selección, cosa que, por otra parte, ya se hace con el ganado y con los vegetales, sin que haya motivo lógico para que no se haga con el animal humano. Y la última razón es de buen sentido pedagógico y a toda inteligencia clara se alcanza.



¡Abajo la guerra!

La guerra es la negación de la justicia

José Ingenieros



A guerra ha tenido (y tiene) sus ardientes defensores entre los que han desconocido las leyes y condiciones sociológicas que rigen y determinan sus modalidades genésicas y evolutivas.

Lealmente debe reconocerse que entre ellos figuran algunos de los más altos talentos que ha producido la humanidad. Entre otros muchos recuerdo a Aristóteles, Heráclito, Maquiavelo, De Maistre, Hegel, Proudhon, Cousin. La consideran como condición necesaria de la lucha entre las sociedades humanas y como uno de los factores determinantes del progreso y la selección. Esto, que es hoy un error, fué una verdad indiscutible hasta un determinado momento histórico que ya hemos fijado.

Afirmase, además, que la guerra es la manifestación superior de la Justicia, y que es hermosa, pues contiene elementos estéticos en sus actores y en su acción.

Los defensores de la guerra parten, siempre, de una abstracción. Unos la atribuyen a Dios; otros a una Idea Superior que rige el curso de las cosas, a la manera de Hegel.

José de Maistre hace en estos términos su apología:

«La guerra es divina, porque es la ley del mundo. La guerra es divina en la gloria misteriosa que la rodea y en la atracción no menos inexplicable que ejerce sobre nosotros. Es divina en la protección acordada a los grandes capitanes, aun a los más audaces, que rara vez son heridos en los combates y solamente cuando su gloria no puede aumentar y su misión ha terminado ya. La guerra es divina por sus resultados, que escapan a las previsiones de los hombres.»

Tanto absurdo acumulado en tan pocas líneas demuestra que es difícil oponer apologías metafísicas a las nociones científicas nacidas de la comprobación de los hechos.

«La pretendida divinidad de la guerra —dice Michel Revon, en su *Tratado del Arbitraje*

Internacional— no es más que un mito; la titulada filosofía que lo afirma no es más que una teosofía infantil; ya es hora de poner un término a esa veneración primitiva de los hombres por todo lo que su cerebro no alcanza a comprender.»

Los pueblos han rodeado la guerra de nebulosidades; la han envuelto con todas las vagas seducciones concebidas por su imaginación; la han colocado en los arcanos más impenetrablemente misteriosos.

Es necesario arrancarla de ese clarooscuro favorable y mostrarla bajo los rayos luminosos de la razón y de la ciencia. Entonces aparecerá en su desnudez fría y abyecta, y se dejará de admirarla, pues lejos de tener nada sobrehumano es bajamente humana.

Antiguamente creíase que Dios presidía las suertes de la guerra; entre los pueblos primitivos, una de las costumbres más difundidas era la de invocar la ayuda de los dioses para obtener el triunfo. Otros pueblos, aquellos en que los sacerdotes sabían de magia y cábala, de oráculos y pitonisas, consultaban a los dioses antes de declarar una guerra. Esa misma ignorancia que hacía intervenir a seres sobrenaturales en las contiendas humanas, probablemente como una disculpa instintiva de los delitos de la guerra, podía determinar la creencia de que el triunfo o la derrota obedecía a una voluntad sobrehumana, cuyo fallo era siempre un acto de justicia.

Este mismo prejuicio dominó durante la Edad Media, creyendo los caballeros que la suerte de las armas correspondía a la suprema justicia, pues el combate era presidido directamente por Dios. El candor quijotesco de estos caballeros llegó hasta confiar a sus espadas la prueba del honor de sus damas.



Semejantes absurdos no podían eternizarse. Un día, Lucrecio, renovando las doctrinas de Epicuro, había mirado al cielo anunciando al mundo que el Olimpo estaba desierto y que los dioses no podían ocuparse de las miserias

La vitamina de desarrollo

Adán, el hombre nuevo



La vitamina de desarrollo es, entre todas las vitasterinas, la primera que logró atraer la atención de los investigadores y la en que se iniciaron los estudios vitamínicos. Por este motivo, es una de las mejor conocidas en la actualidad, no solamente en cuanto a sus efectos fisiológicos, sino también por lo que atañe a su composición molecular.

Se le llama, asimismo, según ya dijéramos, vitamina A, vitamina de crecimiento o anti-xeroftálmica, y también antiinfecciosa. Tan diversas nomenclaturas indican claramente que es la más estudiada y constituye un factor esencial de crecimiento y preservación del organismo contra las infecciones microbianas, singularmente aquellas que se localizan en la vista.

Comenzó a tenerse noción de su existencia hacia el año 1909, fecha en que Stepp, estudiando el papel desempeñado por los cuer-

por grasos en la alimentación, vislumbró la presencia de un factor alimenticio indeterminado en algunas grasas, tales como la manteca, el aceite y la yema de huevo, y coligió, también, que no podían hallarse en otros cuerpos, como la manteca de cerdo. De esta suerte pudo afirmarse que no todos los cuerpos grasos poseen el mismo valor alimentario; sucede con ellos exactamente lo mismo que con los hidratos de carbono, que estudiáramos en otro artículo.

Existen algunos alimentos que regulan determinadas funciones esenciales del organismo en condiciones precisas y específicas, nunca de otra manera. No se trata, pues, de cantidad, de calor ni de calorías, sino de calidad biológica.

Desde el punto de mira químico, la naturaleza de la vitamina A ha sido objeto de investigaciones y análisis innúmeros y meticulosos. En un principio se creyó que el aceite de hígado de bacalao era la mejor fuente de esta vitamina, pero al estudiar con detenimiento el caso, pudo observarse que la vi-

humanas. Desde entonces se comenzó a comprender, aunque lentamente, que de la guerra no nacía el triunfo de la justicia, sino el triunfo de la fuerza, comprobándose más tarde que ésta es el único derecho entre las diversas razas y pueblos. Uno de sus más ilustres partidarios, el creador del método dialéctico, Hegel, llega hasta afirmar que «el triunfo de una nación es la prueba más evidente de su derecho».

Proclamar que la fuerza es el derecho, es negar, de la manera más absoluta, que el derecho tenga vinculaciones con la justicia. La guerra es imposición: imposición cruel y brutal, fuente necesaria de opresión y esclavitud. Los pueblos no la quieren para hacer justicia; la quieren los Gobiernos de las naciones que se creen más fuertes contra los de las naciones más débiles.

Defender la guerra es defender el imperio

de la fuerza brutal, defender el crimen colectivo como instrumento de justicia...

«...La guerra es el asesinato; la guerra es el robo», dice E. de Girardin. ¡Sí! Es el asesinato y el robo enseñados y ordenados al pueblo por sus gobernantes. Es el robo y el asesinato aclamados, blasonados, dignificados, coronados. Es el robo y el asesinato, menos la vergüenza y el castigo, más la impunidad y la gloria. El asesinato y el robo sustraídos al patíbulo para el Arco del Triunfo. Es la inconsecuencia legal, pues presenta a la sociedad ordenando lo que prohíbe y prohibiendo lo que ordena; recompensando lo que castiga y castigando lo que recompensa; glorificando lo que censura y censurando lo que glorifica: siendo el hecho uno mismo y diferente el nombre.

La guerra es la negación de la Justicia.

tamina A se encontraba tan sólo en las partes no saponificables de la materia grasa, la cual tan sólo representa del medio al uno por ciento del total del aceite. Eliminando el colesterol de este insaponificable, en extremo complejo, vióse que esta sustancia era el componente más importante de la masa.

Estudióse luego el extracto activo, pero renunciamos a transcribir, por dilatada y en exceso técnica, la descripción de todas las discusiones y controversias a las que se entregaron los sabios y bioquímicos del mundo entero con tanta más pasión cuanto que individualmente se daban perfecta cuenta del interés primordial que revestía el asunto para la salud pública. Puso fin a la diversidad de apreciaciones la teoría del eminente doctor francés Javillier, quien logró demostrar las íntimas analogías existentes entre la vitamina A y el caróteno, pigmento amarillo profusamente extendido en el mundo vegetal.

La eficacia de esta vitamina puede juzgarse sabiendo que, en el ratón blanco, el caróteno puro es activo, a la dosis infinitesimal de dos a tres milésimas de miligramo por individuo y al día. Aunque el caróteno no es, propiamente hablando, la vitamina misma, el cuerpo lo descompone, valiéndose preferentemente del hígado, y extrae de aquella sustancia la vitamina A. Tal noción ha sido plenamente confirmada, recientemente, por el bioquímico sueco von Euler, quien logró aislar dos isómeros del caróteno, obteniendo *in vitro*, mediante un suero de gallina y partiendo del caróteno, la vitamina A.

Estas explicaciones no tienen más objeto que hacer comprender:

1.º Que el caróteno puede considerarse, y aun ser identificado, como la provitamina A, de suerte que esta vitamina se conoce en su composición molecular.

2.º Hasta qué punto actúan las vitaminas en el organismo, aun a dosis infinitesimales.

3.º Nuestros órganos, por sí mismos, no pueden realizar la síntesis de esta vitamina, pero la asimilan y adaptan admirablemente extrayéndola de los alimentos provenientes del mundo externo.

Al igual que las demás, esta vitamina no se halla en el reino mineral, sino tan sólo en los reinos organizados vegetal y animal. No obstante, es de suma importancia hacer notar que en el reino animal tan sólo se la puede encontrar en aquellos organismos que poseen depósito o reserva de las mismas, y son pocos. Los organismos animales son incapaces

de elaborar por sí solos las vitaminas; por esto hay que buscarlas en su fuente inagotable, que es, indiscutiblemente, el reino vegetal.

El estudio de las vitaminas proporciona una nueva prueba en favor de la noción, ya clásica, de que la vida animal está subordinada a las manifestaciones de la vegetal y de la microbiana. Tanto desde el punto de vista de la energía, en todos sus aspectos, como del de la regularización de los órganos, el mundo animal vive y depende del reino vegetal.

Si hemos mencionado algunos alimentos derivados de animales, como, por ejemplo, la mantequilla fresca, la yema de huevo o el aceite de hígado de bacalao, en los que se encuentran bastantes vitaminas, es porque la vaca, la gallina y el bacalao se alimentan con sustancias que contienen en abundancia el caróteno, es decir, el pigmento colorado que entra en grandes cantidades en innúmeros tejidos vegetales.

Además, la actividad vitamínica de tales alimentos varía enormemente, según que los animales estén en libertad o no, se alimenten preferentemente de tejidos tiernos de plantas o les falten éstos. Bueno será saber que la mantequilla fresca es tanto mejor cuanto más libremente pacen las vacas y cuanto mayor sea la cantidad de hierba ingerida por éstas en vez de remolacha; que las gallinas ponen tanto mejor cuanto menos encerradas se hallan, de suerte que la actividad vitamínica de sus huevos varía de la simple unidad al quíntuplo; el aceite de hígado de bacalao presenta, también, intermitencias considerables en su valor vitamínico, que pueden atribuirse a deficiencias en la alimentación de dicho pez.

Por tales motivos, el aceite de oliva maduro y bien obtenido constituye el manantial más rico y directo en vitamina A, tanto más digno de atención cuanto que estamos ya próximos al invierno y los animales han de abandonar los pastos para encerrarse en los establos. Además, el aceite de oliva tiene la ventaja sobre los productos lácteos que posee gran estabilidad, se conserva durante mucho tiempo, en tanto que la mantequilla y los huevos, para ser ricos en vitaminas, han de consumirse frescos y de pocos días.

Lo que en este caso es más conveniente no es la alimentación descabellada, en ocasiones prudente y otras por completo inarmónica, sino aquella que es constante y cotidianamente saludable, fisiológicamente completa y que, por tanto, no deja resquicios ni ca-

La esterilización eugénica y los legófilos

F. de Campollano



PROCLAMADAS y aplicadas en Alemania desde la exaltación al Poder del arlequín Adolfo Hitler las leyes de esterilización eugénica van tomando revuelo y hallan eco en apartadas latitudes del planeta.

Los pro y los contra de esta delicada cuestión —delicada por aprestarse a graves abusos bajo el *dictum* de la ley— en la que toman parte activa eminentes

biólogos y dogmáticos ministros, ocupa sendos artículos, tanto en Revistas de carácter científico y social, como en los periódicos de mayor envergadura del sistema capitalista. Así como también en las legislaturas de Polonia, Suecia, Inglaterra y otras naciones, hálla-

rencias en las necesidades permanentes del organismo.

Como quiera que las vitaminas que contribuyen al crecimiento del organismo son varias, será más exacto designar a la vitamina A como «vitamina de desarrollo», con cuya denominación queremos expresar que, sin ella, no es posible la multiplicación celular en los seres totalmente organizados. Esta vitasterina es indispensable para la existencia. Una alimentación que careciera por completo de tal elemento acarrearía el fallecimiento rápido del individuo.

El alimento vivo es el que sustenta la vida. En la categoría de los cuerpos grasos es vivo aquel que posee esta vitamina de desarrollo, sin la cual es imposible vivir. Antes de llegar a semejante extremo es indispensable que conozcamos los estados de agotamiento que se presentan como consecuencia de su falta parcial, y estudiar aquellos alimentos que son más susceptibles de proporcionárnosla de una manera adecuada e indubitable.

se en proyecto esta ley, como cuestión palpitante del día.

A pesar de no ser nuevo el tema, que por una coincidencia favorable viene nuevamente a la discusión, no por eso deja de despertar el merecido interés, tanto entre los hombres de ciencia y letras como entre los estadistas. Es, sin embargo, a los primeros, a quienes corresponde el estudio detenido y las experimentaciones inherentes a esta práctica, excluyendo en absoluto la intromisión y el dictado de los últimos, por hallarse personificada en ellos la ley y la autoridad, rémoras de todo progreso.

Pedir que se hagan leyes, que apoyen la filosofía de una doctrina científica y humana para que ésta se desarrolle y progrese, es como pedir lo imposible o considerar fracasada la empresa ya antes de empezar. A la vez que querer supeditar la ciencia a la ley, amarrar la filosofía al carro del retroceso que conocemos por Estado. Confesar a la vez nuestra ineptitud e incapacidad para conquistar con el esfuerzo propio la libertad de acción en este experimento de profilaxis social.

La ley y la ciencia son elementos incompatibles. No pueden confundirse, aliarse ni mezclarse en ningún laboratorio. No tienen afinidad de unión; son como la luz y la sombra, que donde existe una desaparece la otra; se resisten a toda tentativa humana, como se resisten a la química varios y conocidos elementos.

El progreso, todo el progreso alcanzado por el hombre a través de los tiempos en todas las ramas del saber humano, se debe a su propia iniciativa e ingeniosidad. Iniciativa e ingeniosidad que no puede incorporárselas en los códigos ni imponerlas o dictarlas ninguna ley hasta ahora conocida.

El observatorio del astrónomo, el laboratorio del químico y el físico, el taller de experimentación del mecánico, como el estudio del

filósofo, han de hallarse, por el bien del progreso, libres e independientes de las trabas de la ley, porque la ley es trabazón, ligadura, obstáculo, imposición, reglamentación a todo y de todo.

Sería un absurdo suponer que una ley beneficiara al paciente dictando al cirujano cómo ejecutar una intervención quirúrgica.

¿Qué progresos hubiera alcanzado la literatura, el arte, la ciencia o la industria, si por el capricho o el error de alguno se las subordinara a la ley como un apéndice del dogma y del fanatismo, o formaran una dependencia o alianza del Estado? Es indudable que el estancamiento absoluto sería el triste resultado de tal intento.

Es la iniciativa individual del ser humano la que delinea un cuadro, talla una estatua o halla nuevos elementos en la química, después de repetidas y penosas investigaciones en el laboratorio. Es a la revolución constante de los espíritus inquietos, que libres y divorciados completamente de toda ley y contra ella a veces, a quienes debe el género humano su saber, su progreso y el bienestar que disfruta.

Las leyes tienen, como las medallas, su anverso y su reverso. La misma ley sirve para acusar, privar de la libertad o de la vida a un semejante, se emplea a la vez para defenderlo. Casos abundan en la Historia los cuales nos demuestran que la misma ley empleada para hacer «culpable» un inocente, se hace «inocente» un culpable.

La ley es como una red ingeniosa, por la cual pasan libres los peces gordos y aprisiona a los pequeños.

No debemos olvidar que la ley fué en todas las épocas el arma eficaz del poderoso contra el débil. Con ella se somete a los pueblos a la esclavitud, a la servidumbre y al salario. Siendo ésta el baluarte de una sociedad basada en la desigualdad social, en el privilegio de clases, humillante y ofensivo, que otorga a una parte de los hombres los derechos sin deberes y a otra todos los deberes sin derechos, no puede considerársela ley justa y equitativa.

Sería infantil creer que aquellos que por su categoría social se hallan colocados en posición de servirse de las leyes no cometan los correspondientes abusos inherentes a toda autoridad, especialmente al tratarse de la defensa de sus mal adquiridos bienes, cuya protección y agrandamiento fueron el origen de las leyes, desde los *decemviri* hasta nuestros días.

¿Qué utilidad puede aportar a la liberación de la especie humana la promulgación de una ley más, o de muchas leyes juntas, cuyo fin,

único y exclusivo, sea el de corregir o aminorar los dolores y los sufrimientos, sin tocar al fondo de la cuestión donde origina el mal?

¿No hace siglos que existen las instituciones de la caridad, los correccionales, presidios y horcas, sin que por ello disminuyan el hambre y los infractores de la ley? No es de esperar que el Estado promulgue leyes ni edictos que tiendan a eradicar las verdaderas causas del mal, porque con ello correría el riesgo de eliminarse a sí mismo, ya que su propio sostén y vida reposan en las causas de los sufrimientos humanos, que dan a la vez motivos a la existencia de sus múltiples y variadas dependencias, instituciones y funcionarios.

¿De qué serviría, pues, una ley que «oblique» a corregir, o *eliminar* si queréis, los efectos de la desigualdad social mientras deje intactas las causas que los producen? ¿No sería esto objeto para que continuaran repitiéndose eternamente? Es de suponer que sí. Y en tal caso, el remedio sería mil veces peor que el mal.

Con frecuencia llaman nuestra atención los efectos, muy raras veces las causas. Atraen la curiosidad de nuestra vista y entretienen nuestro pensamiento, nos extasían, las flores en un jardín o las frutas en el árbol. Es la flor y la fruta la que primero nos despierta de nuestra letarguía. Es siempre el efecto que llama nuestra atención, sin preocuparnos de las causas que lo producen, como objeto principal de interés. El medio que las rodea, tierra, aire y otros alimentos que nutren la planta, que son la causa de aquel efecto que primeramente despertó nuestra curiosidad.

Hace más de medio siglo que en los Estados Unidos se ejecuta a los delincuentes (?) en la silla eléctrica, en la horca y con gases letales, a un *pro-ratio* de una vida por día. Si por ello vamos a creer que los malhechores disminuyen, estaremos en un gran error. Pues al contrario, se multiplican con rapidez asombrosa. Y como demostración de la inutilidad y fracaso de las leyes, se ha recurrido últimamente, en las grandes ciudades, a los «Comités negros», que los eliminan fuera de los preceptos «sagrados» de la ley.

Somos en extremo desconfiados cuando se pone en la balanza del análisis la sinceridad de la filantropía y las «bondades» de las instituciones del Estado; por eso nos inclinamos a creer que, en vez del sentimiento humanitario con que se pretende adornar estas leyes eugénicas, ha sido el cálculo matemático, la especulación material y la manía de legislarlo

todo. Manía que domina en extremo la mentalidad yanqui.

Los móviles principales de esta legislación no fueron más que los de liberarse del lastre pesado e improductivo que pesa cada vez más sobre las instituciones del Estado.

¿Se llegará al extremo que el partido dominante en el Gobierno considere degenerados, idiotas y locos a cuantos con sus programas se hallen en desacuerdo? Parece cosa algo fuera de todo razonamiento. Pero, ¿puede asegurársenos que los políticos razonan...?

En la ley eugénica alemana hay patente esta indicación tendenciosa. En el cuestionario enviado a los jueces, fiscales, doctores y otros funcionarios del Estado, que son los que han de «analizar» la inteligencia de los individuos y por ello decidir quiénes han de tener hijos y quiénes no esterilizándolos, hay preguntas como éstas: «¿Qué clase de Gobierno tenemos ahora en Alemania?» «¿Cuáles son las tarifas postales que rigen en Alemania?» «¿Cuáles son las capitales de Alemania y cuáles las de Francia?» «¿Quiénes fueron Bismark y Lutero?» «¿Quién descubrió América?» «Por qué las casas tienen mayor altura en las ciudades que en los pueblos?» «¿Por qué hierve el agua?»

Hay otras interrogaciones de aritmética mental, y otras referentes a puntos de vista y esperanzas sobre el futuro del Gobierno germano. Interrogaciones que, sin duda, han de ser difíciles de contestar a satisfacción de las autoridades inquisidoras.

Nadie duda que hay muchísimas personas que nunca les preocupó el saber quién fué Colón, y hay aún muchas más que aun siendo completamente normales, desconocen los más rudimentarios elementos de física. El no saber quién fué el descubridor de América, o el por qué las casas son unas más altas que otras, es señal de idiotez según la ley, y por lo tanto, candidatos a la esterilización, que esa misma ley autoriza.

Pedid leyes. Legófilos, pedid leyes que os permitan esterilizar, castrar (1) o degollar a todo aquel que no sirva para el militarismo y la guerra. Pero continuad propagando y haciendo la guerra entre los pueblos para que ésta os facilite, con sobrada abundancia, locos, ciegos, sordos, epilépticos y toda clase de carnaza inútil, incapaz de valerse de por sí, y mucho menos de servir a los suyos, para

(1) La ley alemana no sólo dice: «Esterilización eugénica» sino que *desex* (desexuar, castrar), en el caso de los degenerados sexuales.—(Nota del autor.)

que podáis continuar sin interrupción «experimentando» por toda la eternidad.

Esterilizad a los mendigos y a todos los que para vivir dependen de las instituciones de la caridad. Pero dejad intacto el derecho «inviolable» de la propiedad privada, para que estos infelices no tengan donde poder trabajar y ganarse la subsistencia.

Esterilizad a los morfínomanos, los alcoholizados, los idiotas, todos los enfermos derivados de estos vicios desastrosos. Pero no intentéis suprimir, ni obstaculizar siquiera, el libre ejercicio del comercio de drogas y alcoholes, porque saldréis malparados.

Esterilizad a los sífilíticos, los afectados de hemofilia, los que arrastran la pesada cruz del dolor por el calvario de todos los sufrimientos de su vida. Pero no toquéis a la prostitución para obstaculizar ese tráfico indigno; no intentéis estancar esa fuente de ingresos generosos donde el monstruo Estado sacia su sed.

Esterilizad a todos los homosexuales, todos los degenerados e invertidos por el vicio. Pero dejad en pie el cuartel, el presidio, las tabernas y los burdeles, porque os dirán que todos funcionan dentro de la más estricta legalidad.

Esterilizad a los tuberculosos, los idiotizados por el hambre, la miseria y el exceso de trabajo; los leprosos y los cancerosos. Pero no os atreváis a reclamar el saneamiento de la fábrica, la construcción de un hogar decente y habitable, mejor alimentación y alivio en las extenuantes faenas del trabajo explotado, porque iréis irremisiblemente a parar al presidio o la horca.

Pedid, cómoda y tranquilamente, leyes, que por ello no correréis ningún peligro y éstas os permitirán el exterminio de los viejos, de los incurables (1), de los haraposos y de los mendigos de la caridad pública, para que el Estado se ahorre los gastos de manutención de Asilos y Hospitales y para que la miseria triunfante no se vea campar perenne por las calles de las ciudades, por considerarla una ofensa y un ultraje a los buenos gustos de los verdaderos causantes de ella.

Que los hombres de ciencia exijan el libre ejercicio de las funciones de profilaxis social, practicadas en bien del género humano, pero que no pidan más leyes que recarguen sobre los hombres el ya insoportable peso que nos agobia. No olvidando aquello de: «La mejor de las leyes, sería una que anulara todas las demás.»

(1) Se ha intentado varias veces hacer leyes a este objeto en E. U.—(Nota del autor.)

La muerte de Santiago Valentí Camp, el inolvidable maestro y entrañable amigo cuyas bellas páginas saturadas de enseñanzas han tenido el placer de saborear nuestros lectores durante algunos años, nos arrebató una de las mejores firmas con que se honraba esta Revista y uno de los valores más sólidos de la intelectualidad española.

Enumerar su larga y valiosísima labor sería tarea que nos ocuparía muchas páginas, digna de otra pluma que supiera apreciar y evaluar su justo mérito, sin la pasión hacia el compañero entrañable, con que habríamos de hacerlo nosotros.

Viene a mitigar el sentimiento por tan deplorable pérdida, la colaboración de su hija Elvira Valentí-Camp, inteligencia superior, digna continuadora de la obra de su llorado padre, a quien nuestros lectores leerán sin duda con el mismo placer y provecho que al maestro desaparecido.

La norma moral y la evolución de las colectividades

Elvira Valentí-Camp



El cultivo del intelecto, en el individuo y en los pueblos, trasciende y se diversifica sin cesar, influyendo por modo considerable en la concepción filosófica que se forjan de los altos fines que en la existencia pueden alcanzarse. Aun sin militar en las filas de ninguno de los credos socialistas, las personas de buen juicio y alma grande, que no se desentienden de contribuir con su esfuerzo a la marcha acelerada de la humanidad, afánanse por aportar el concurso de su voluntad a la tarea de conjunto de laborar por la prosperidad del pro-común, y coinciden, por tanto, con los que figuramos en las huestes emancipadoras.

Unos y otros abrigamos la convicción firmísima de que la individualidad adquiere mayor relieve y eficiencia en un ambiente social evolucionado y progresivo, como el de todos los pueblos en que las doctrinas de transmutación social hicieran mayor contingente de prosélitos. En tales naciones, la gestión cívica, renovadora de la enseñanza, la técnica, la asistencia, la cultura y los derechos de la mujer, halló una acogida favorable, de ordinario y casi sin excepción, para lograr que el contenido ideológico de los programas de re-

formas, en sentido igualitario, se plasme en las leyes e informe las múltiples aplicaciones prácticas y tangibles del criterio jurídico revisionista.

Los resultados favorables que se obtienen adecuando la norma ética a las exigencias de cada época histórica, son patentes y nadie que conozca la fenomenología colectiva los pone en duda. Por esto los pueblos más cultos y que gozan de mayor bienestar se distinguen de los demás en la perseverancia que muestran al consagrar una gran solícitud, una devoción inmensa a todas las campañas renovadoras, de adoctrinamiento didascálico, que llevan a cabo los elementos dotados de más fina sensibilidad, más inteligentes y mejor orientados. Las minorías ilustradas son las que, con mayor solícitud, propugnan los métodos preventivos y confían, preferentemente, en la actuación profiláctica y de preservación para el éxito de las iniciativas mutacionistas y para mantener el equilibrio móvil en los organismos colectivos, que, así, se transforman sucesiva y gradualmente, sin saltos ni movimientos epilépticos.

Los hechos sociales cada instante se imponen más al individuo, el cual vese siempre constreñido a atemperar su conducta a las circunstancias del medio circundante. De ahí que todos cuantos actúan en la vida pública

se vean, siempre, en mayor o menor medida, supeditados a los designios misteriosos de las cosas. Estamos, pues, obligados a movernos en un área harto reducida. Por consiguiente, el esfuerzo individual, por vigoroso que sea, ha de circunscribirse a intentar la consecución de aquellos objetivos que más pueden favorecer nuestras inclinaciones, gustos y preferencias y que mejor se acomoden a las aptitudes y a la verdadera vocación. Por esto los temperamentos reflexivos analizan y comparan, y antes de tomar una resolución definitiva, dudan y vacilan, porque temen que las determinaciones que adopten no sean la consecuencia genuina de sus propósitos deliberados, sino que los impulsos estén demasiado influidos por la fascinadora sugestión que en su ánimo ejerzan las marcadas tendencias quietistas que predominan en el círculo de sus relaciones, entre aquellas personas que no se distinguen por su perspicacia, por su capacidad comprensiva ni por energía alentadora y menos aún por su visión del futuro.

La natural prevención que los espíritus ágiles y trabajadores sienten hacia los hábitos, costumbres y convenciones inveterados, que las gentes vulgares siguen sin previo examen y porque carecen de poder inhibitorio, débese a que los sujetos moralmente más evolucionados poseen un sentido crítico más agudo y más amplio, y su potencialidad discursiva les lleva a aquilatar minuciosamente la razón de ser de las cosas, por trascendentales que parezcan. Incítales a inquirir y averiguar la aspiración legítima de que su aspiración responda a un criterio de justicia distributiva y al ansia de colmar de beneficios a quienes con nosotros laboran y conviven.

El deseo de perfectibilidad es, para cuantos anhelamos un mundo mejor, el gran móvil de la existencia, y por ser el más racional y dinámico nos hace suspirar por la realización de los hermosos postulados —que nunca habremos de ver colmados— del ideal de superación. Por esto nuestro concepto de la moral racionalista y laica es distinto del que sustenta el vulgo, y no puede acomodarse a vacías e inactuales fórmulas oligárquicas del Derecho escrito, rígidas y buriladas a cincel por las gentes educadas en el criterio del liberalismo burgués. Los principios teóricos de la burguesía liberal carecen de toda virtualidad en la hora presente. Su concepto del Estado no sólo es absurdo, sino periclitado. Es algo que hizo ya su tiempo.

Aquellos preceptos éticos que son el pro-

ducto de la pereza mental, del confinamiento y la abulia, no inspiran más que aversión a las individualidades que se consideran con dotes y arrestos para orientar la actividad colectiva por otras sendas, y tratan de que los núcleos dirigentes y las entidades corporativas adquieran una noción diáfana y concreta de la misión que, en la hora presente, incumbe cumplir a todas las clases sociales sin distinción, si es que quieren la felicidad del mundo.

Un cúmulo de factores, estructurales, educativos y económicos ha venido a modificar, en lo fundamental, la significación y el alcance que, hasta hace tres lustros, se asignaban a los valores morales en curso en las sociedades de la Europa occidental. La realidad histórica es ahora distinta y, por lo mismo, no ha de causarnos la menor extrañeza, ni debe sorprendernos ni desviar la trayectoria a seguir, el hecho de que la conciencia de las multitudes, en los países cultos, no se muestre dispuesta a perseverar en las campañas que en otro tiempo conmovían a las gentes sencillas, ingenuas y predispuestas a dejarse conducir por la palabra ardorosa del tribuno. En nuestro tiempo las circunstancias han cambiado profundamente la contextura interna de los pueblos, y son precisos, para reconstituir y actualizar la vida espiritual de las muchedumbres, nuevos elementos formativos, otras idealidades y métodos más depurados.

El anhelo es el mismo, y los horizontes y perspectivas más dilatados que nunca, ya que permiten a las organizaciones obreristas desarrollar vastos planes de mejoramiento de la condición de los estamentos humildes, rebasando, por modo considerable, el marco de las posibilidades para lo por venir, y, con ello, hacer más vasta la esfera de influencia que abarcan las organizaciones societarias.

Es la concepción del humanismo integral la que, en estos instantes, se apodera de las simpatías y obtiene la adhesión sincera y cordialísima de los espíritus abiertos a todos los efluvios de la vida. Las predicaciones de quienes sustentan aquel alto ideal férvida e intrínsecamente, estimulan al individuo a laborar con empeño para llegar a conquistar, para él y el grupo obrero de que forma parte, aquellas ventajas inmediatas que no sólo proporcionan el bienestar material, sino que, además, le permiten adoptar una actitud definida al hallarse ante las exigencias de la realidad externa, y así, su situación personal y la de su familia no es tan inestable, porque

al experimentar los efectos de un determinado estímulo, acierta a distinguir los móviles que le inducen a coparticipar en una actuación política, económica, pedagógica, social, etc. Casi sin esfuerzo mental, y libre de prevenciones y temores, distingue, aquilata, sopesa y, a la postre, reflexivamente, se deja llevar por aquellos incentivos que más en consonancia se hallan, no sólo con sus ideas, sino con su profesión.

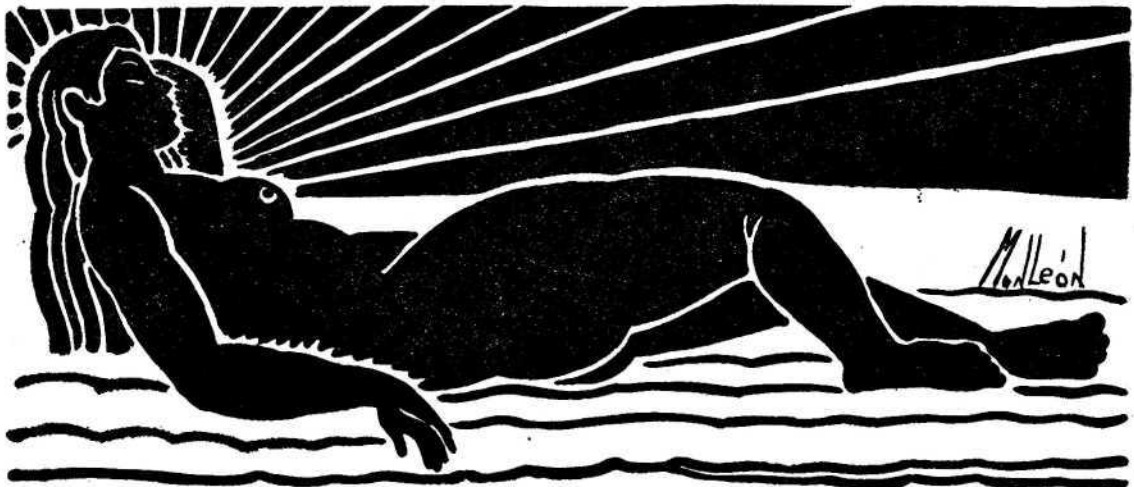
Así decide aportar el concurso personal a la realización de una obra hermosa, útil, asequible y ennoblecedora. En cambio, desecha sin titubeos, por pleno convencimiento, el inmiscuirse en otras campañas análogas o desemejantes, por considerar firme y honradamente que, aun siendo levantados los fines que se proponen sus portavoces, los medios, el procedimiento y la táctica pudieran irrogarle compromisos enojosos que contrariasen sus creencias íntimas, repugnarán a sus sentimientos estéticos y aun llegasen a poner en entredicho su reputación.

En la hora en que vivimos es indispensable afirmarnos, sin sentir la más ligera duda, que el haberse avezado a colaborar constituye un ejercicio intelectual que no sólo educa la voluntad, disciplinando la conducta y fortaleciendo el carácter, sino que vigoriza el juicio habituándolo a discernir con presteza, contrastando velozmente los triunfos y las derrotas, prefiriendo a los éxitos efímeros y las conquistas precarias, los avances sucesivos logrados por propio impulso, noblemente, ya que son los más fecundos y porque lo esencial en las campañas de toda índole es abrigar la seguridad de poder mantener la

posición adquirida, adueñándose del afecto, o por lo menos del respeto, del vencido, que es quien proclama nuestra victoria al percartarse de que no fué humillado ni víctima de una asechanza o atropello.

No puede ser reputado como luchador consciente, capaz de arrostrar todos los peligros inherentes a las lides ideológicas, aquel combatiente —hombre o mujer— que apela a procedimientos tortuosos, feos, airados, repulsivos, tenebrosos y violentos para imponerse y prevalecer. La insidia, el rencor y la animadversión son siempre, como todos los impulsos negativos que emergen de la conciencia empobrecida y atormentada por la malquerencia y el egocentrismo, signos de debilidad y de flaqueza espiritual.

No ha de olvidarse jamás que las tendencias egolátricas —como demostrara mi llorado padre en sus libros— depotencian y abaten la personalidad hasta reducirla a la anulación completa, ya que la energía individuada, por sí sola y aisladamente, carece de poder virtual, de fuerza plasmódica y de capacidad irradiadora. Para corregir nuestros defectos y hacernos dignos de ser algo apreciable, valedero, eficiente es preciso que nos concertemos con nuestros afines, aunando voluntades y adiestrándonos debidamente para ser un factor útil a nuestros semejantes y colaborando a la obtención de los fines comunes, así en lo que atañe al orden privado como en lo que concierne a la esfera pública. Procediendo de este modo, la norma nos hace más aptos y nos alejamos insensiblemente, por grados, de la imperfección.



Al día con la Ciencia

El autogiro

Alfonso Martínez Rizo



COMO el escritor novecentista Eusebio Blasco, tengo no sé si la suerte o la desgracia de contar entre mis amigos a muchas personas destacadas, lo que si bien es grato a mi corazón, abierto de par en par a la amistad, maldito el resultado positivo que me reporta.

Uno de estos amigos, con amistad remota que data de nuestros estudios de los primeros años del bachillerato en el colegio de San Luis, de Cartagena, es el actual ministro de Marina.

Y, amparándome en dicha amistad, quiero decirle desde aquí que ha sido muy torpe.

Su Ministerio está pendiente de un hilo y cualquier intriga política, pestilentemente política, puede dejarle sin cartera de la noche a la mañana, como le sucedió cuando recientemente dejó de ser ministro de la Guerra.

Y ha desperdiciado una brillante ocasión de dimitir gallardamente, con gesto arrogante, o mejor dicho, de lograr que le obliguen a hacerlo, cubriéndose de gloria. Tal ocasión tuvo lugar cuando La Cierva aterrizó con su autogiro sobre la cubierta de un barco de guerra, despegando más tarde de la misma tras de rodar sobre ella pocos metros.

El caso del autogiro viene a ilustrar cuanto hemos apuntado ya al hablar de la estratofera respecto a la servidumbre de los adelantos materiales de la técnica, supeditados siempre a las finanzas y a los intereses creados de las grandes empresas, y el caso de *El Autodidacta*, de Han Ryner, se repite aquí con inaudito descaro.

El aeroplano se sostiene en el aire sólo por el efecto de una gran velocidad horizontal y en cuanto, por cualquier circunstancia, ésta descende por debajo de determinado límite, capotea, entra en barrena y se estrella contra el suelo. La necesidad de esa gran velocidad para mantenerse en el aire hace difíciles las operaciones de despegue y aterrizaje, en los que radica el máximo peligro del vuelo.

Soy, como persona sensata, enemigo de la guerra; pero, mirando las cosas desde el punto de vista de los militaristas, si España necesita una flota aérea bélica, la sustitución de los aeroplanos por los autogiros sería altamente beneficiosa, evitaría casi todos los accidentes, que tantas vidas cuestan, y darían a nuestras unidades aéreas de combate, al poder despegar y aterrizar en cualquier barco, una eficacia sumamente mayor.

Y, sin embargo, tras de realizar el inventor un viaje de propaganda patrioter y demostrar prácticamente sus grandes posibilidades, el ministro de Marina le encarga únicamente dos aparatos en lugar de reorganizar toda nuestra flota aérea dependiente de su Ministerio sobre la base de la nueva invención.

Las inmensas ventajas que han tenido siempre las costas sobre las tierras del interior, a causa de la facilidad de las comunicaciones marítimas, se extiende con la navegación aérea a todos los puntos desde los que pueden salir volando aviones. Pero con los aeroplanos hace falta el aeropuerto, mientras que con el autogiro basta con unos cuantos metros cuadrados de terreno plano. Así es que esta invención tiene altísima importancia, al facilitar enormemente las relaciones de los hombres y permitir una gran extensión a las comunicaciones aéreas.

Y, sin embargo, tras de recorrer La Cierva el mundo volando y demostrando las ventajas del nuevo aparato, los aeroplanos continúan preponderando en todo el mundo y constituyendo el elemento fundamental de las flotas aéreas militares y sirviendo de vehículo para el transporte de correspondencia y de viajeros en todas las líneas regulares. Y con frecuencia un avión pierde velocidad y se estrella contra el suelo, lo que no ocurriría si de un autogiro se tratara, y perecen los pilotos militares o los pasajeros civiles, y siendo tan fácil el evitar estas catástrofes, gracias al autogiro, este nuevo aparato apenas vuela en gesto deportivo, casi exclusivamente pilotado por su propio inventor.

Se trata, sencillamente, de la estéril inefica-

cia del capitalismo que se fundamenta en el egoísmo de los intereses creados. La actual industria del aire, ante el nuevo invento, perdería toda su preponderancia, y reacciona contra él negándole el pan y el agua. La Cierva ha encontrado capitalistas para lanzar su invención, pero se ven negros para realizar el proyectado negocio, porque entre los demás capitalistas son una especie de «esquirols». Y el Moloch del dinero, de los intereses creados, de las patentes y del instrumental sigue recibiendo en holocausto las víctimas de los pilotos y de los pasajeros que mueren en accidentes que serían imposibles con el nuevo sistema de sustentación.

Menos mal que, aunque se le concede al inventor sólo la pequeñez de un pedido de dos aparatos, se le concede la gloria oficial, lo que corresponde bastante bien con el sonnete patriotero de su propaganda.

● ● ●

Pero es que contra el autogiro, que representa una forma transitoria de la aviación del porvenir, han reaccionado los intereses privados de la gran industria del aire hasta en el puro terreno de las teorías científicas.

Y nadie se explica, ni aun el propio inventor —al fin y al cabo burgués—, cómo y por qué se sostiene el aparato en el aire con velocidades horizontales tan tenues que puede aterrizar y despegar en pocos metros de terreno.

No hay nada de milagroso en el hecho, ya que en la Ciencia no caben milagros, pero se ocultan cuidadosamente las leyes naturales que rigen el fenómeno y hasta parece que los técnicos, coaccionados por la fuerza enorme de los intereses capitalistas, ni siquiera han acabado de enterarse de que existen en aerodinámica principios sumamente fecundos que han de regir la aviación del porvenir.

Queremos explicar aquí, al alcance de todos, aun de los profanos en las ciencias físico-matemáticas, el fundamento del autogiro, en divulgación generosa contrapuesta al egoísmo capitalista, fundamento que representa inmensas posibilidades para el porvenir y que acabará por arruinar a las actuales industrias que intenten persistir con sus rancios sistemas de vuelo, pese a la fuerza portentosa de los intereses creados en el régimen capitalista.

Primeramente, daremos una idea clara de la aerodinámica del aeroplano, la que nos servirá después para explicar cómo funciona el autogiro.

Cuando una superficie plana se encuentra azotada por el viento o se mueve en el aire, sufre una presión siempre normal a ella, que es proporcional al cuadrado de la velocidad relativa del aire respecto a dicha superficie.

Siendo la presión normal a la superficie, si ésta es casi horizontal, se descompone dicha presión en dos componentes: una horizontal, que es vencida por la hélice, y otra vertical, que corresponde a la sustentación del aparato. Al ser muy pequeño el «ángulo de ataque», o ser casi horizontal la superficie de sustentación (la de las alas), la componente horizontal es muy pequeña comparada con la vertical; de manera que con un consumo de energía relativamente pequeño se logra sostener en el aire grandes pesos.

Sin entrar en detalles impropios de un artículo de esta especie, damos a continuación las fórmulas del aeroplano.

Una superficie de S metros cuadrados moviéndose en el aire con la velocidad de V metros por segundo y formando con la dirección del movimiento un ángulo a recibe una presión, normal a ella, como ya hemos dicho, y de valor $R = 0'12 S V^2 \text{ sen. } a$ kilogramos.

Las componentes vertical y horizontal R_v y R_h valdrán, en kilos, respectivamente:

$$R_v = 0'12 S V^2 \text{ sen. } a \cos. a = 0'06 S V^2 \text{ sen. } 2a \\ R_h = 0'12 S V^2 \text{ sen.}^2 a$$

La relación entre la componente horizontal y la vertical es:

$$R_h = \frac{\text{sen. } a}{\cos. a} = \text{tang. } a$$

Así, cuanto menor sea o más agudo el ataque del aire por las alas, con menor esfuerzo tractor se sostiene el aparato más pesado en el aire y se logra así en el aire algo parecido al efecto de la cuña. Sin esta ingeniosidad, si se intentara la elevación directa en el aire por la tracción de una hélice de eje vertical, ésta debería tener la superficie total de las alas y moverse con la velocidad de éstas, consumiendo enorme energía, viéndose así la dificultad de la solución helicóptera.

Pero al hacer muy pequeño el ángulo de ataque, la fuerza de sustentación R_v , que viene multiplicada por $\text{sen. } 2a$, decrece y, para que el aparato pueda ser sostenido por dicha fuerza, es necesario aumentar el producto $S V^2$.

El aumento de V representa dificultades para emprender y terminar el vuelo, y el aumento de S contribuye a aumentar el peso y hace engorroso el aparato.

Pero en un aparato determinado que tiene una superficie S y un peso Rv dados, para volar con él hay que hacerlo con el valor de V que verifica la ecuación, sin preocuparse del valor de a , porque lo esencial es que el aparato se sostenga en el aire.

En el caso de pérdida de velocidad, sólo puede aumentarse la fuerza sustentatriz aumentando a , con lo que aumenta Rh , la hélice no puede vencer este esfuerzo excesivo y la pérdida de velocidad aumenta más y más.

Todo esto nos explica la tragedia del vuelo del aeroplano. En caso de pérdida de velocidad sólo hay el remedio de intentar adquirirla cayendo, tratándose de una verdadera acrobacia peligrosa y que exige gran altura.

Nada de esto ocurre con el autogiro. Si pierde velocidad, puede hasta quedar parado un momento en el aire, comenzando después a descender lentamente como suspendido de un paracaídas, pero de un paracaídas de inmensa superficie.

Un paracaídas no es sino una superficie que opone la resistencia del aire al peso que de ella cuelga hasta adquirir una velocidad con la que una y otro se equilibren. Y un paracaídas para una persona de peso normal tiene más superficie resistente que la constituida por las tres aspas del rotor del autogiro y, además, cae con mayor velocidad que éste.

Pero es que las aspas giran, y en ello consiste el secreto, al parecer maravilloso, de este aparato.

El lector puede hacer una fácil experiencia: deje caer desde un sitio bastante elevado dos cucuruchos de papel, a uno de los cuales le haya doblado sus rebordes en forma que al caer gire. Este cucurucho caerá girando rápidamente sobre su eje y tardará mucho más en llegar a tierra que el otro. Así se ve claramente que una superficie que gira opone al aire mayor resistencia que una que no lo hace.

● ● ●

Imaginad una superficie plana batida perpendicularmente por el viento con velocidad V y que ella se mueve en su mismo plano de lado, y con velocidad V' , y supongamos que V' es mucho más grande que V .

$$V' = nV$$

siendo n un número muy grande.

Las moléculas del aire atacarán al plano como animadas de una velocidad relativa igual a la resultante de V y V' , velocidad a la que llamaremos V'' .

Como las dos componentes forman ángulo recto, V'' formará con el plano un ángulo b

$$\text{tal que } \text{tang. } b = \frac{V}{V'} = \frac{V}{nV} = \frac{1}{n}$$

Por otra parte, V'' será igual a V dividida por $\text{sen. } b$ y, en definitiva, el valor de la resistencia del aire, siempre normal al plano, será:

$$R = 0,12 S V''^2 \text{ sen. } b = 0,12 S \frac{V^2}{\text{sen}^2 b}$$

$$\text{sen. } b = 0,12 S \frac{V^2}{\text{sen. } b}$$

fórmula que se transforma fácilmente en la siguiente:

$$R = 0,12 S V^2 \sqrt{1 + n^2}$$

Vemos, pues, que cuando una superficie se mueve paralelamente a sí misma, ofrece al aire una resistencia mucho mayor que si está quieta, presentando lo que nosotros llamamos una «superficie virtual resistente», vieniendo la superficie real multiplicada por un factor siempre mayor que n y que se aproxima a n tanto más cuanto n es mayor.

● ● ●

La Cierva, en su autogiro, ha utilizado como superficie sustentatriz ligeramente inclinada sobre la horizontal el conjunto giratorio de sus aspas que, moviéndose de continuo impulsadas por el mismo viento, dan una superficie virtual de sustentación sumamente grande.

En el caso de pérdida de velocidad, la superficie virtual resistente formada por las aspas en movimiento actúa como paracaídas, y como al iniciarse el descenso la velocidad hacia abajo es pequeñísima, el factor n es sumamente grande y la superficie virtual sustentadora, enorme.

Lo mismo ocurre en el despegue, tratándose, en definitiva, de unas alas de superficie virtual variable tanto más grande cuanto menor sea la velocidad del aparato.

Notemos que La Cierva hace que las aspas

La llanura salvada

(Cuento simbólico)

Han Ryner



AS proporciones de aquellos seres jamás vistos poseían mayor nobleza que las humanas y eran más atrayentes que la belleza viril y más emocionantes que la gracia femenina. El sacerdote, al advertirles, dedícase a estudiarlos con atención, pero, a menudo, olvida toda voluntad y esfuerzo intelectual y se deja anegar en la vaga realidad como en el más paradisíaco y disolvente de los sueños.

Por entre la orquestación de las alas, la gracia multicolor, el encanto perfumado y las nobles líneas armoniosamente diversificadas, aquellos entes realmente superiores cantan:

«Varios son los nombres con que se nos designa: calificativos de luz, de llama esplendente, de perfume, de ligereza, de danza y de vuelo. Pero a todos preferimos el nombre de Amor.

»Hombres, os escuchamos sonriendo cuando nos prodigáis los nombres admirativos y loatorios. Pero cuando vuestros oídos quie-

ren escucharnos, nos proclamamos con preferencia «los Amores».

»Hemos eliminado de nosotros todo odio, envidia y celos. Hemos arrojado lejos de nosotros cuanto puede constreñir y limitar. Porque hemos querido ser, enteramente, una dilatación. La realización de semejante conquista nos ha deparado mil nuevas adquisiciones.

»Si nos prodigáis nombres que se relacionan con la luz, las llamas, los perfumes, la ligereza, la danza y el vuelo; nombres de arco iris u otros musicales, es porque merecemos el nombre de Amor.

»Somos luz, llama, matices sutiles y armoniosos, porque el amor estremeciente reviste todos los aspectos de la belleza.

»Hemos aniquilado el odio. ¡Victoria, victoria! ¡Oh única victoria real y verdadera: hemos enterrado para siempre la odiosidad!

»Semejante anulación de las potencias malignas tuvo lugar ha mucho tiempo. A duras penas recuerdo lo que sucediera y el combate se me aparece en una informe perspectiva cambiante y brumosa, como un sueño

se muevan a modo de molino impulsadas por el viento. También pudiera moverlas con un motor auxiliar disponiendo así de seguro control sobre su velocidad, gastando dicho motor auxiliar una energía insignificante, sólo la correspondiente al rozamiento contra el aire, pues al moverse las aspas en su mismo plano, el trabajo de la fuerza resistente es nulo.



Este concepto de la superficie virtual resistente, al mismo tiempo que explica el funcionamiento del autogiro, es sumamente fecundo y prometedor.

Nuestros estudios y tanteos nos dejan entrever la posibilidad del helicóptero, o sea la sustentación ortogonal, estando constituida

cada una de las palas de la hélice sustentadora por un mecanismo semejante al sustentador del autogiro.

Pero yo no me siento héroe al estilo de La Cierva para luchar contra los intereses creados, y mis especulaciones son únicamente teóricas y desinteresadas.

Tan sólo me lanzaría al terreno de las realizaciones si mis cálculos me ofrecieran —como parece probable— la solución de un problema importantísimo contra la que no podrían nada las grandes empresas: el del vuelo a pedal, o sea la aerocicleta.

Cuando por unos cuantos duros pueda cualquiera disponer de un aparato que le permita volar, la causa de la libertad y del individualismo habrá ganado muchísimo, por lo que merece la pena investigar si tal problema tiene posible solución.

casi olvidado. No obstante, estoy seguro de que:

»El destierro y desaparición del odio es obra mía; la pulverización del odio, ¡oh hermanos nuestros!, es obra personal de cada uno de nosotros.

»Así, entre los cánticos más gloriosamente perfumados, exponed, ¡oh alas mías!, los más vivos colores, el amarillo y la púrpura de todas las victorias y de todas las llamas. El odio desapareció hace tiempo de nuestros corazones libertados.

»Sí, aquella fulminación es obra nuestra. Pues no hay más ser que los seres y ninguna acción ni causa alguna existen fuera o al margen de los seres.

»Los hombres de antaño, en la vacilante pobreza de sus ensueños, creyeron útil apoyarse en un Dios, en un Creador, en un Padre celestial. Sabed, hermanos, que no hay más Dios que los propios seres ni más creador que las criaturas mismas. Y cada uno, ¡oh misterio de claridad!, es el padre de sí mismo.

»Si existiese realmente un Padre celestial daría a sus hijos lo que nosotros nos hemos otorgado a nosotros mismos. No se hallaría dividido consigo mismo y ninguno de sus hijos odiaría al semejante.

»Pero, ¿es que la disolución del odio y la conquista del amor son, acaso, directas y fáciles victorias, triunfos que se alcanzan sin lucha, sin astucia ni preparación?

»Escuchad, hombres, el gran secreto.

»Hemos llegado al amor porque conocíamos su camino y tuvimos el valor de escalar las escarpaduras que a él conducen.

»Ese sendero, en apariencia agreste, pero dulce y recamado de sombras y corolas; tal sendero, de amenazadora entrada, pero de sonriente interior, se llama sabiduría y renunciamiento.

»Renunciamiento de los falsos bienes, desprendimiento de las pesadas y espinosas cargas sociales. Esta virtud, ¡oh liberación!, parece una pobreza y un vacío a cuantos se sienten esclavos o ciegos, pero, para el que sabe, es un tesoro de imponderable valor. No saben los ignorantes en qué recipiente de oro purísimo te hallas depositado, ¡oh renunciamiento!; desconocen el maravilloso y rico vaciado de la copa que contiene ese vino, e ignoran la embriaguez que proporcionas, ¡oh deleitable plenitud!

»¡Cuántas sabidurías sucesivas, cuántos renunciamientos alegres aligeraron mi cuerpo, arrojan a lo lejos las pesadeces y las esclavitudes!

»Si sé amar la única riqueza de los seres, es porque desde ha tiempo me alejo, con risa jovial e indiferente, de la pobreza de las cosas.

»¡Ah! Cuán felices nos sentimos al comprobar que nos hemos libertado de todos los pesos, obligaciones y preocupaciones... Tan sólo queremos comprender, comprender para amar.

»Las cosas no tienen cualidad alguna que las haga apreciables. Las cosas no tienen corazón y mi amor nada puede hacer por ellas. Por esto las consideramos tan sólo como auxiliares de los seres. Pero así como cuando contemplamos una obra de arte no nos fijamos en el pedestal, igualmente le hablamos al ser sin preocuparnos de cuál es su punto de apoyo en lo terreno.

»Os amamos, ¡oh hermanos nuestros!, estatuas semovientes y aladas del amor perfecto, porque nos sentimos plétóricos de admiración deslumbrada y satisfecha al contemplarnos mutuamente.

»Y amamos con piedad actual y con admirativa espera a todos los seres —sean cuales fueren— porque son estatuas esbozadas. Cada uno de ellos puede llegar a ser la obra maestra que da tonalidad a la luz, todos pueden llegar a revestir las líneas de la sabiduría y del amor.

»Gloria a la sabiduría, camino del amor; y gloria desbordante al amor, cima de la sabiduría. Gloria que se acumula en las mil existencias que prepararon nuestra felicidad y loor imponderable a ésta. Gloria al camino y a cada una de las paradas. Gloria, gloria, gloria a la cima actual y a las cumbres futuras.

»Nos hemos emancipado y somos la liberación. Que todo el que oiga nuestro cántico siga el camino de la sabiduría. Que arroje lejos de sí los pesos superfluos y las servidumbres que le agobian y le impiden ascender. Desde tal instante caminará con radiosa ligereza; y mañana sentirá, con inefable voluptuosidad, cómo le nacen las alas del amor.

»Después del negro paso de la muerte y la eclosión floral del nacimiento, aquel que sepa libertarse por medio de la sabiduría será igual a nosotros.

»No tendrá ya necesidad de vestidos ni hogar. Nuestras alas nos llevan, más veloces que las mismas golondrinas, a los climas más agradables. Nuestro vuelo raudo se ríe de la pesada y monótona sucesión de las estaciones.

»Si se avecina una lluvia que no deseamos bañe nuestras alas, huímos, más ligeros que

el mismo viento. Cuando queremos, somos más vertiginosos que la persecución descabellada y fatigosa de la tempestad. Pero, a veces, remontándonos a las alturas imperturbables, contemplamos cómo sopla y se desencadena, debajo de nosotros, la borrasca o el huracán.

»Todo cuanto vive se halla condenado a nutrirse. Pero nuestro cuerpo flotante exige poco alimento. Una fruta jugosa satisface nuestros más exigentes apetitos. A veces, nos basta una flor o una hoja perfumada y aun una corteza odorante. Dos violetas y una gota de agua recogida en una flor de tilo, son suficientes para sostenernos un día entero aunque no cesemos de danzar, cantar, pensar y amar.

»Nuestra sobriedad nos libra de las necesidades que repugnan a nuestro pensamiento y que caracterizan feamente a los hediondos comedores de carne e incluso a las inocentes bestias que ingieren exceso de hierbas.

»Un sudor perfumado, que se dispersa entre radiaciones y armonías, con una ligera sacudida de nuestras alas, es suficiente para librar a este ligero cuerpo de aquello que no puede asimilar.»

Así cantaban los Amores.

Tal era el cántico melodioso de aquel enjambre de cuarenta Amores que poblaban aquel pedazo de tierra y la atmósfera de poesía, de ensueño, de pensamiento y aspiraciones.

Sus alas mezclaban, en la encantada luz, los ondulantes matices multicolores, los susurros acariciantes y el estremecimiento armonioso de los arco iris.

Entre tales arquitecturas siempre perfectas, animadas y cambiantes, continuaban cantando, con una dulzura triunfal:

«No hay alas negras entre nosotros.»

Luego huyeron. Y su canto, así como su danza y los colores que combinaban, decían: «Hombres, ¿habremos lanzado inútilmente hacia vuestros corazones la flecha del amor?»

¡Hombres, sumergíos en un baño de sabiduría; saldréis de él completamente perfumados de amor!»

... ..

Los hombres siguen, con la vista, el armonioso vuelo. Luego, permanecen pensativos e inmóviles. Finalmente, como sobresaltados, contemplan la exquisita belleza de la llanura. Y su mirada aseméjase a la de los ciegos que recobran la vista.

Antes de la llegada de los Amores no divisaban la belleza del prado. Pero ahora la ven, no como una tentación a lo grosero y a la avidez, sino como un espectáculo de alegría. Por eso, sin recoger sus picos, que dejaron caer durante el sublime concierto, murmuran, emocionados como verdugos ante la gracia del niño que tenían orden de matar:

—¡Es demasiado hermosa!

—Es demasiado hermosa! —repite el «dorario», que ha perdido su látigo—.

El sacerdote sacude sus hombros y la cabeza, pareciendo querer exorcizarse a sí mismo, y ordena: «Por la gloria...»

Pero la encantadora musicalidad del arroyo le emociona; como le conmueve el delicado balanceo de los pebeteros de sutiles perfumes que son las flores y la huidiza sonrisa que el céfiro entreabre entre la hierba. Las cosas parecen recordar a los Amores. Su belleza, por entero sombreada de amor, estremece algo como profundo y vivo. El mismo murmurio del riachuelo, ¿no es como un canto de ternura? La espuma que rodea a las piedras hace pensar en la blancura de los brazos en donde se estremece una caricia. La risa de las hierbas, unida a las ondulaciones de las flores, es como un delicioso caos de besos.

El sacerdote dirige hacia sus húmedos ojos una mano sorprendida, luego intenta mitigar las palpitations de su corazón que parece latir de una manera desconocida. Vencido, avergonzado y gozoso al propio tiempo, confiesa a su vez:

—¡Es demasiado hermosa!

—¡Es demasiado hermosa!



La radiación, origen de la vida

Profesor Pruduman

II



PARA definir la radiación en lo concerniente al ser humano tendremos forzosamente que desviarnos hasta lugares y causas que encadenen el tema y se inmiscuyan en él, es decir, haremos de remontarnos a las edades prehumanas en busca de las causas que produjeron las materias y efectos a que se debe la humanidad.

El hombre, según observaciones paleontológicas, arqueológicas y desprendidas del control anatómico de su constitución, sábase que puebla nuestro planeta desde hace más de cien mil años.

El período universal más lejano a que podemos remontarnos —de una manera no exacta— es aquel genésico llamado nebulosa. Al que sigue el período azóico. Ambos duraron unos treinta y seis millones de años. Durante los cuales no existió vida orgánica alguna, o mejor dicho, armonía de vida. Esto, por la sencilla razón de que la radiación del Sol no había perforado las capas gaseosas. Durante el período azoico sólo hubo esas dichas capas gaseosas y de elementos minerales químicos variados, propios residuos del vapor atmosférico y del recubrimiento oceánico descompuestos por el calor y condensados más tarde. Estos elementos, que desde el caos iban entrando en armonía por virtud de la radiación, han sido desentrañados y estudiados en tiempos inmediatos pasados por medio del análisis de las aguas marítimas, las cuales ofrecen una complejidad inmensa de elementos (sulfatos, potasium, bromuro, cloruros, ioduros, sales de los principales metales, sodium, etc.) que fueron los agentes químicos más activos dejados como herencia por el período azoico sobre la escorza terrestre.

Signe el período paleozoico, que duró unos dieciocho millones de años, aproximadamente. Entonces comienza la vida vegetal y animal. Unos seis millones de años después

de iniciado este período geológico, los rayos solares comienzan a llegar hasta la Tierra y sirven de secativo a distintas capas terrestres todavía encharcadas, dando lugar a la creación o génesis de la célula. Como se sabe por su protoplasma correspondiente, la célula se debe al oxígeno, al hidrógeno, al nitrógeno y al carbono, naturaleza químico-física que se desarrolló por la radiación.

La célula dió su primer fruto: el zoófito, una especie de animal-planta. El zoófito, que quedó preso entre las anfractuosidades de la Tierra, fué origen de la vegetación. Pero el zoófito que no quedó preso y fué zarandeado por los rigores del viento de un lado para otro, vióse obligado a combatir por su existencia. En esta lucha contra los elementos uniéronse unos a otros, dando lugar al protozario, o sea el primer animal.

La célula, que es el origen de la vida animal-vegetal, como indicamos, es un conjunto químico-físico, pero su origen no es otro que la radiación; se forma por la radiación, vive por la radiación y todos sus principales actos son la radiación. ¿Qué es la radiación? Pues, simplemente, la luz, ya esté en el macrocosmo (gran espacio) o en el microcosmo (pequeñísimo espacio).

La luz, pues, es la génesis de toda vida, el principal y más sensible elemento del Universo. Los astros, los planetas y satélites son acumuladores de esta esencia universal, observándose entre estos astros, planetas y satélites un intercambio correspondiente, que depende de la afinidad, distancia y posición geográfica en que los coloca el mecanismo astronómico. Por ejemplo, la Tierra recibe luz del Sol, de otros astros y, por reflejo, de otros planetas y satélites, según distancia y afinidad químico-física. Aunque la luz viaje a una velocidad de trescientos ocho mil kilómetros por segundo, en distancias de trillones de kilómetros y a pesar de ver las lucecitas de esas estrellas, etc., son miles de años lo que tarda en llegar a la Tierra; pero llegada esa radiación es acogida por la ley de afinidad entre los elementos físico-químicos y aní-

micos que componen la base de nuestro reino mineral, vegetal y animal.

Aunque a grandes rasgos, definido el origen y anexos de nuestra gran causa, preocupémonos del origen humano.



De las vibraciones que las ondas oscilatorias, de la radiación solar y de otros astros que llegan a nuestro planeta, del movimiento de traslación de éste alrededor del Sol y de la rotación sobre su eje, de todo esto se forma una especie de filamentos radiantes cual gran hebra de hilo que se enrosca o lía como formando una bobina forma curva. Esa especie de filamento radiante con semejante acción mecánica, recoge de su resultado magnético los átomos que por afinidad tienen la necesidad de unirse. Y de aquí el origen, la formación y vida de los primeros núcleos de células. Del conjunto de esa multiplicidad de células que se unieron por su ley de afinidad, surgieron los primeros animales y plantas. Después, nuestra atmósfera fué quedándose en un aire compuesto de un 70 por 100 de nitrógeno, 29 por 100 de oxígeno y el resto de desechos, como son el óxido de carbono, el argón, vapor acuo y el polvillo. Entonces tuvo origen la génesis del hombre sobre la Tierra.

Ya el animal-hombre sobre el planeta, constituido su cuerpo de un conjunto de trillones de células agrupadas en la vida orgánica de éste, que le hacen nacer, crecer, decaer y morir, vivió en un sentido vegetativo animal, en más o menos contacto de su génesis. Luego le llega la intensa preocupación ante las necesidades que le azotan y le azotan. Y aquí, el comienzo filosófico. Los hombres sencillos no abarcaron más de lo que podían comprender. Pero hubo otros, que por su temperamento y por su condición de más radiación cerebral quisieron abarcar más de lo que podían concebir y alcanzar. Estos fueron los primeros metafísicos, que, con sus trabajos maquinalmentales, incientíficos, crearon todo aquello que nada ni nadie puede justificar.

Por la inercia y por el oscurantismo que los metafísicos y gnósticos se empeñaron en meter en los cerebros, el hombre no sabe vivir. Sabe de todo lo que no le reporta beneficio alguno, e ignora lo principal: su vida. De aquí el origen del mal y de las «enfermedades» en general, pues mientras el hombre se cuidaba de utopías, abandonábase a sí mis-

mo. Marcharon los siglos, entrando el hombre en épocas que comenzaron a llamarse civilizadas, que duran aún. Pero, ¿civilización es descifrar laberintos filosóficos, son las religiones? No. Civilización es cultura, pero cultura racional, que debe comenzar en el mismo hombre, conociendo su constitución y organismo y sabiéndose cuidar. Es esta civilización, oímos, «cultivar la teosofía», «cultivar la política», «cultivar las ideas». ¿Y por qué no cultivar primero nuestro ser con arreglo a las exigencias de las leyes inmutables de la Naturaleza, que es más importante? Porque ¿vive el hombre de ideas, de teosofía, de política?

Al hombre le importa, o mejor dicho, debe importarle primero su origen, quién es, y cuidarse.

La radiación es el principio del hombre porque es el origen de la célula. Y si la célula carece de esa radiación a que debe la vida, el conjunto orgánico del hombre no será más que un guiñapo, mal que sea filósofo y crea alcanzar el cielo con la mano. Por mucho que diga saber el hombre de filosofía, de metafísica o de gnosis, no será más que un montón de materia casi en descomposición, a la que sólo el morbo podrá mover, si le falta o no sabe proporcionarse la radiación. ¿Por qué el hombre no proporciona a sus células y, en conjunto, a su organismo esa radiación necesaria? Habremos de repetirle: porque no sabe cuidarse, porque no le han enseñado.

El hombre de hoy, sabedor de cosas sublimes y sumo ignorante de lo que más le importa, suele mantener en estado pasivo las leyes de defensa de su organismo, en tanto los elementos extraños que también se albergan en él o a él llegan, viven con gran potencialidad e influencia sobre su cuerpo. Por eso, el hombre enfermo y desequilibrado.



Para cumplir su misión vital, las células de nuestro organismo precisan la radiación. Si no sabemos ayudar a éstas en el desenvolvimiento de su vida, quedarán en nuestro cuerpo prisioneras y apagadas. Para que no haya este apagamiento, que suele ser mortal para el hombre, habremos de comenzar por el cuidado del ser humano desde su edad más temprana.

Al nacer el niño y durante su infancia debe facilitársele una ayuda consistente en movimientos mecánicos de sus extremidades, particularmente las superiores, para facilitar a

los pulmones mayor función en la oxigenación de la sangre, que llega a ellos dieciocho veces por minuto, llena de ácido carbónico, vapor acuoso y otras materias nocivas. Por tal actividad, cuanto más cantidad de aire reciban los pulmones, más cantidad de oxígeno recibirá la sangre que a ellos llega, y esa función de oxigenación proporcionará un despertar celular, tanto en las especializadas, que dan la defensa del cuerpo, como de las otras células primitivas ingeridas directa o indirectamente.

El calor de la radiación natural de las células no se puede precisar exactamente, pero se ha observado científicamente cómo irradian a igual de esos animalitos llamados gusanos de luz, que suelen verse en el campo a primeras horas de la noche.

El hombre tendrá salud si sus células especializadas tienen potencialidad orgánica, y para ello es menester una actividad sanguínea centrípeta y centrífuga y una oxigenación completa, para obtener la normalidad vital por medio de células radiantes.

Así, pues, tengamos en cuenta cómo la radiación es el origen de la vida y cómo la radiación la conserva. Radiación a las células por medio de aire puro y sus anexos alimentos digestivos y transpiratorios. El dejar apagarse las células es apagar nuestra existencia. ¿Y de qué nos servirá entonces la lumbrera ideal de nuestra mente si se apaga nuestra vida...?

Un acuerdo interesante

En el Congreso de la Federación Obrera Montañesa celebrado en Santander, en los últimos días del pasado abril, se tomó el acuer-

do de «pedir al Gobierno la divulgación oficial de los medios de profilaxis anticoncepcional, estimando que entre la clase obrera las familias numerosas son un veneno inagotable de carne de hospital».

Destacamos este acuerdo con satisfacción, por el hecho que supone el que por primera vez se tome en un comicio obrero un acuerdo de naturaleza neomaltusiana, cuestión ésta que tan olvidada tienen los obreros en su mayoría.

Pero nos parece pueril pretender que el Gobierno autorice la propaganda anticoncepcional. Ni éste ni ningún otro Gobierno burgués hará otra cosa que impedir, por todos los medios, que los obreros lleguen a conocer los medios de evitar el embarazo.

Cultura

La mayor ambición del obrero consciente es aumentar su capacidad cultural y técnica para lograr su emancipación.

INSTITUTO FILOLOGICO

proporcionará a todos la manera fácil, económica y cómoda de aumentar su saber sin necesidad de acudir a clases especiales. La enseñanza de idiomas por correspondencia, rapidísima y eficaz, permitirá al estudioso poder leer muy pronto los textos originales de los autores favoritos en el idioma en que éstos escribieron. Única institución que emplea el método racionalista. Cursos especiales para los que deseen ser traductores en TRES meses. Para detalles, escriba a: «Instituto Filológico», apartado 5.120. Barcelona. Incluyendo sello para la respuesta.



Los nuevos dueños del mundo

EN PODER DE LOCOS Y PIGMEOS



¡PONGO que los futuros historiadores de la época actual y nuestros hijos y nietos considerarán algún día con estupor profundo ciertas contradicciones extravagantes, francamente insensatas, que nosotros aguantamos con perfecta insensibilidad.

He aquí un ejemplo sugestivo, que se relaciona con el asunto de «los dueños del mundo». Nuestra civilización ha alcanzado las cumbres del refinamiento ético y estético, ha realizado las exigencias más complicadas de la sensibilidad y dignidad humana y cívica en instituciones, inventos y modalidades que a veces sobrepujan las fronteras del genio y el prodigio; y, sin embargo, hemos entregado y seguimos entregando los resortes de esta civilización a hombres piadosamente mediocres, vulgares, que sólo el azar sacó de su oscuridad y la audacia de su nulidad. Mussolini es un ex maestro de escuela primaria; Hitler, un ex trotamundos; Dollfus, un ex... nada; MacDonald, un ex relojero; Daladier, un abogado de justicia de paz, etcétera.

Aun cuando se haga el lugar más amplio a los milagros del autodidactismo, a las capacidades improvisadas y se encare con el más grande optimismo el problema del arte de gobernar, no se puede desconocer que el complicado tecnicismo del Estado moderno y la vasta multiplicidad de sus tareas y responsabilidades necesitan hombres preparados y equilibrados: verdaderas «fuerzas de la Naturaleza».

Ahora bien, la mayoría de los nuevos «dueños del mundo» no son solamente hombres mediocres, improvisados e impreparados. Lo peor es que a menudo son desequilibrados, pobres enfermos en el sentido neurológico de esa palabra.

Cuando Hitler intentó, en 1923, el «golpe de fuerza», fracasó en Baviera, con Ludendorff, este último reveló, después del fracaso, que su lugarteniente sufre de epilepsia larvada, que se cree a menudo un *asistido*, que cree oír «voces arcanas» y que el desconcierto neuropatológico ha afectado también en Hitler sus más íntimas facultades.

Es notorio que Mussolini, minado desde su primera juventud por una enfermedad constitucional heredada, es un neuropático caracterizado, en el cual las más lamentables depresiones psíquicas suceden a los accesos de euforia violenta. Goering, en cuyas manos acaba de ser entregado el Estado más importante de Alemania —Prusia— y que es el brazo derecho de Hitler, fué internado en el manicomio «Caterina», de Estocolmo, en 1925, y matriculado con el número 291. Fué eliminado del manicomio por haber intentado asesinar a un enfermero y luego fué internado en la clínica psiquiátrica «Kahle», de Colonia, de donde salió en 1929 para «despertar a la nación alemana» al lado de Hitler...

De Dollfus decía su mismo padre que era *idiota*. Y en cuanto a MacDonald, el pobre MacDonald, todos los que han tenido la oportunidad de tratarlo coinciden en deplorar su asombrosa ignorancia y en magnificar su

candorosa buena fe, que se traduce en una perpetua desorientación intelectual. En otros tiempos, los sillones gubernamentales de Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, fueron ocupados por Bismark, Gladstone y Pitt, Thiers y Gambetta, Cavour y Crispi... Los pigmeos han ocupado los asientos de los gigantes.

LOS «TRECE»

Pero, ¿cómo es posible que grandes naciones ilustradas en la historia de la civilización, política e intelectualmente tan adelantadas, se entreguen a hombres así clasificados y les proporcionen poderes tan absolutos, como no fueron consentidos ni a un Bismark ni a un Cavour?

En mi artículo precedente he contestado en parte a esta desconcertante pregunta, mostrando en qué forma y con cuáles medios los nuevos «dueños del mundo» atraparon —más bien que conquistaron con sus méritos— los poderes dictatoriales.

Vamos a puntualizar, ahora, con algunos episodios inéditos para el gran público, los detalles íntimos de esos asaltos a los sillones gubernamentales.

Esos asaltos han sido ejecutados materialmente por los fascistas, pero planeados, financiados y afianzados en todas las formas posibles por la plutocracia europea. En nuestros artículos precedentes hemos documentado que esta plutocracia está integrada esencialmente por los armamentistas: los que fabrican las armas de guerra y, al mismo tiempo, la opinión bélica...

He aquí un hecho sugestivo y fundamental de la crisis económica mundial: mientras que todas las demás industrias están en el suelo, en quiebra o en graves dificultades, solamente las industrias siderúrgicas, químicas, aeronáuticas, de los explosivos y los astilleros marítimos trabajan a veces con doble turno de obreros y proporcionan dividendos valiosos a sus accionistas. Sin el conocimiento de este hecho, el lector difícilmente podrá darse cuenta de lo que pasa en la actualidad en el mundo y de la verdadera significación del fascismo europeo. La prensa inglesa liberal, por un motivo muy distinto, acaba de iniciar una campaña contra los «trece». Con esta fórmula cabalística se identifican a las firmas Morgan, Krupp, Wickers, Withwort, De Wendel, Schroeder, Skoda, Armstrong, Zeiss-Goers, Deport, Rockefeller, Creusot y Gillet-Rhône. Trece firmas de armamentistas que la mencionada prensa inglesa acusa de organizar todas las ofensivas bursátiles para provocar las crisis monetarias en Inglaterra y Estados Unidos, en Francia, en Alemania y en Italia, y para agudizar la crisis y precipitar las rivalidades y los recelos internacionales hacia la guerra.

No estamos en condiciones de comprobar si también por este camino la plutocracia armamentista propicia y fomenta la guerra. El hecho indudable es que de la guerra depende el destino de los diez mil millones de dólares que los «trece» han invertido en sus industrias armamentistas. Si la guerra no estalla, si —a pesar de todo— se lograra prolongar la paz, los «trece» y todos los núcleos de accionistas, funcionarios y beneficiados en grado y en forma diferentes por esta formidable organización, quedarían expuestos a una fantástica bancarrota. Lo demás, el lector lo comprende...

LOS FINANCIADORES DE LAS DICTADURAS

Puntualizamos, ejemplificamos.

Se sabe que el fascismo italiano fué financiado, armado y pertrechado por la gran industria lombarda y piamentesa, en víspera de la «marcha sobre Roma», y que el fascismo alemán es una creación de la casa Krupp y del Cartel de la Industria Pesada de Westfalia y del Palatinado.

Lo que no se sabe es que la plutocracia americana —precisamente la casa Morgan— proporcionó empréstitos, entre 1923 y 1927, por 480 millones de dólares al fascismo italiano, exigiendo como garantía paquetes de acciones de industrias italianas. ¿Qué industrias? La Fiat, Breda, la Terni, Cognes, Acciarie Lombarde y Ferriere, de Piombino. Todas esas industrias son bélicas, y las que todavía no eran bélicas fueron transformadas *ad hoc*. La Fiat ha reducido en un 65 % su producción de automóviles y ha destinado sus talleres a la producción aeronáutica, a los tanques y a los tractores de artillería pesada. La Breda ya no fabrica sus famosas locomotoras, sino armamentos.

Entre los 730 millones de dólares de empréstitos (deuda de particulares) consentidos a Alemania entre 1925 y 1931, 550 son de las firmas Morgan, Rockefeller, Wendel y Withwort, y han sido garantizados con participaciones en el capital de la casa Krupp y del Cartel del Acero de Colonia y Dusseldorf.

El capital de la Skoda se encuentra totalmente en las manos de Wickers y de Wendel y —¡atención!— las industrias armamentistas de la Rusia soviética, los famosos talleres Putilow han sido financiados por las firmas Noebel, Creusot y Gillet Rhône, todos armamentistas en plena prosperidad.

Los plutócratas armamentistas que actúan en los países dominados por la democracia —Estados Unidos, Inglaterra, Francia— han financiado y armado el fascismo en Italia, Alemania, Austria, Hungría, Yugoslavia y Bulgaria.

Ahora bien: en Estados Unidos, Inglaterra y Francia no se gestionan y no se conceden empréstitos al exterior sin la autorización de los Gobiernos de los Estados mencionados. Y, entonces, ¿cómo, por qué los Gobiernos de Londres, de Washington, de París, han autorizado los empréstitos destinados a armas a sus adversarios, a sus enemigos en una guerra futura?

La contestación a la desconcertante pregunta, el lector puede encontrarla en este hecho que sirve de base a la política interna e internacional de todas las naciones: los Gobiernos tienen un poder aparente sobre el poder real de la plutocracia armamentista, cuyos grandes accionistas, abogados y consejeros integran a menudo los Gabinetes, en los cuales desempeñan carteras importantes.

GUERRA Y DICTADURAS

Antes que los fascistas conquistaran el Poder en sus países, la plutocracia armamentista había previsto acertadamente las proyecciones de este nuevo elemento político en las relaciones internacionales. La historia y la común experiencia les indicaba que las dictaduras —de izquierda o de derecha, comunistas o fascistas—, son instrumentos aptos para preparar la guerra y difundir la atmósfera bélica. Es esta última, más que la guerra, la que conviene y se ajusta con los intereses de la plutocracia armamentista. La guerra es el epílogo final de una lenta y complicada preparación y pone un final trágico, destructivo, la organización paciente y laboriosa.

En cambio, la atmósfera bélica, saturada de amenazas y celos, propicia, fomenta y multiplica sucesivamente los armamentos, de los cuales los inventos a gra-

nel imponen frecuentes «renovaciones de material». *La paz armada es la mina de oro de los armamentistas.*

En correlación inteligente con esta realidad, las dictaduras, desde el primer día en que se implantan, difunden en las relaciones internacionales el miedo a una guerra próxima y la impulsión a los armamentos con sus manifestaciones ruidosas y provocadoras. Todos creen en el siniestro anhelo bélico de las dictaduras, ya que todos saben que la exaltación de las pasiones nacionalistas y el mito de «la patria en peligro» son necesarias a los dictadores para silenciar las oposiciones y propiciar la solidaridad de las masas en la defensa moral de la nación. Los dictadores logran así justificar el abandono de sus maravillosos programas de reformas internas con las supuestas necesidades apremiantes de la defensa exterior y provocan un desplazamiento del descontento, una desviación de las decepciones, que su incapacidad administrativa había difundido hacia las preocupaciones de carácter internacional. Ellos no quieren llegar a la guerra, que constituye siempre una amenaza mortal, un riesgo desconcertante para la estabilidad de su régimen. Lo que buscan, lo que la plutocracia que les maneja a sus antojos le obliga a provocar, es la atmósfera bélica, la perspectiva permanente de una guerra próxima y la corrida a los armamentos, que es la consecuencia de la alarma.

Pero resulta más fácil atraer al diablo de la guerra que despedirlo; y cuando la propaganda fascista de amenazas, de celos, de irritaciones internacionales ha difundido y arraigado la convicción de la guerra y ha impulsado a armarse a los adversarios amenazados, éstos no creen más en las proclamas pacifistas de los dictadores y piensan que es mucho más acertado atacarlos mientras no están todavía preparados y acabar con el peligro que representan, antes que se encuentren en condiciones de triunfar. Se asiste, entonces, a la paradójica situación, al sainete diplomático, que desorienta en la actualidad a mucha gente: los dictadores, que desde hace años preconizan la guerra, ahora fabrican y acreditan proyectos y planes de paz perpetua y universal; y los Gobiernos democráticos desconfían, sospechan la trampa dilatoria.

Así es: *la guerra preparada por las dictaduras en Europa será proclamada por los Gobiernos democráticos.* La patria del paneuropeo Briand acercará la fatal antorcha de la hoguera...

CONCLUSION

Hemos llegado al término de esta exposición documentada de los elementos de la espantosa situación internacional: un término quizá muy provisorio, pues preveo que acontecimientos próximos nos obligarán a volver sobre el angustioso asunto. Sólo un milagro puede conjurar la guerra... Las dictaduras europeas, encabezadas por Mussolini e Hitler, multiplican llamadas a la paz mientras adversarios —Francia y la Pequeña Entente— multiplican, apurándolos, los preparativos de la guerra. Sobre el Rhin y los Alpes ya se han acuartelado los soldados negros y amarillos de Francia: los malgaches y los anamitas, siniestros anunciadores. Los que sembraron viento bélico tienen que recoger la tempestad. ¿Existe una Némesis histórica?

Mientras escribo esta nota, el primer magistrado de la gran República americana, el presidente Roosevelt, asiste consternado e impotente a la fuga del oro de su país, que lo dejó salir en riesgos abundantes, durante un decenio, para financiar las dictaduras europeas, rojas y blancas, y facilitarles armamentos. El Congreso de Estados Unidos tendría que llenar ahora al viejo Mellon —el *brasseur d'affaires* de la plutocracia yanqui—, que, aprovechando su alto cargo de ministro de Hacienda, propició los empréstitos bélicos y usureros, con coima y

Preguntas y respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, Conde de Salvatierra, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general, y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTAS: *Al producirse el desgarramiento del himen en el primer contacto sexual, ¿debe la mujer abstenerse luego unos días o no? ¿Es verdad que la mujer no queda fecundada nunca en su primer coito?*—F. Ollé.

RESPUESTAS: A la primera: Lo prudente, si hubo bastante hemorragia y el dolor consiguiente, que aumentarán sucesivos intentos de coito, es dejar descansar unos días a la mujer, cuyo aparato genital se halla inflamado o resentido, y luego comenzar prudentemente y con suavidad a verificar el acto sexual hasta que todo se normalice.

A la segunda: Puede quedar fecundada en su primer coito.

PREGUNTA: *Después de un coito sospechoso, ¿es bastante prevención aplicar zumo de limón para evitar la sífilis?*—José Suárez.

RESPUESTA: No, señor. No es bastante. Es preciso recurrir a fórmulas preventivas de aplicación externa, desde luego, pero de poder desinfectante más activo.

PREGUNTA: *La soldadura autógena, ¿puede esterilizar al que la maneja a diario?*—Rivera.

RESPUESTA: No tiene acción esterilizante. Es, eso sí, muy perjudicial para la vista, por lo que debe pro-

todo, a las dictaduras europeas y a las repúblicas latinoamericanas... Inútilmente Roosevelt solicita a las naciones que lograron conservar el patrón oro que lo abandonen, en la ilusión de fabricar la nueva prosperidad en la miseria común. Francia y Suiza ya han contestado negativamente. En la situación actual del mundo, la posesión del oro es una condición de estabilidad económica y sobre todo, una formidable arma defensiva y ofensiva para la guerra, que se ha vuelto fantásticamente costosa en la medida en que se hace científicamente homicida y destructora. Y Francia no quiere separarse de sus tesoros de guerra. Las democracias no deberían pactar ni jugar jamás con las dictaduras. La apuesta del juego es la paz y la prosperidad, y Estados Unidos acaba de recordar esta verdad aleccionadora. Pero... ¡tarde!

tegerse ésta mediante las caretas o artificios adecuados en uso por los que la manejan. También conviene trabajar en local ventilado para evitar la respiración de gases perjudiciales.

PREGUNTA: *¿Cómo es posible que una mujer vírgen no sangre siquiera sea un poquito en su primera cohabitación?*—M. K.

RESPUESTA: Porque es frecuente entre las diversas variedades o tipos de himen que éste sea bilabiado o lo bastante amplio para permitir el paso del pene sin el menor desgarramiento y, por tanto, sin hemorragia. En cuestión de tipos de himen se dan todas las formas, desde el himen grueso y carnoso, imposible de romper en un coito y que precisa una pequeña intervención quirúrgica, hasta los hímenes de tipo abierto o bilabiado, que permiten uno o muchos coitos sin violencia ni hemorragia. Es por esto delicada la cuestión de la virginidad de la mujer, que a veces lo parece y no lo es y muchas otras se lleva culpas innecesarias siéndolo completamente.

PREGUNTAS: *Es corriente decir que la Humanidad está degenerada por su alimentación; ¿hay algo de cierto en esto? ¿Por qué hay tantos naturistas teósofos? ¿Llegará la Humanidad a convertir todas las religiones en una que sea la respetada por todos?*—Diego Devesa.

RESPUESTAS: A la primera: Es cierto que la alimentación antinatural puede ir imprimiendo a las razas caracteres y taras degenerativas que se acentúan en los descendientes cada vez más. Prueba de ello es el acortamiento del promedio de vida humana, el sinnúmero de dolencias que aquejan a los humanos, la aparición de enfermedades nuevas que antes no existían, etc.

A la segunda: Porque la teosofía o RELIGION DE LA NATURALEZA tiene muchos puntos de contacto con el aspecto más profundo del naturismo y ofrece inagotables perspectivas y un manantial de estudios admirable para los que buscan el porqué de la vida, sus orígenes y su fin.

A la tercera: A ello tiende la teosofía precisamente mediante un estudio comparativo de las diferencias, religiones, creencias y sistemas filosóficos de todos los tiempos, que trata de conciliar para poner los cimientos de una RELIGION-SABIDURIA DE LA NATURALEZA, única que el hombre consciente debe abrazar.



De los historiadores

Saavedra Fajardo



COMO los hombres apetecen naturalmente la inmortalidad, y ésta se alcanza con la fama, sea buena o mala (que no en las estatuas o bronce, sino en la Historia se eterniza), de aquí nace que, siendo en la naturaleza humana mayor la inclinación al vicio que a la virtud, hay muchos que, como Heróstrato, emprenden alguna insigne maldad para que de ellos se acuerden los historiadores; y como también en los anales se hallan escritos los vicios y virtudes de grandes reyes y príncipes, más fácilmente nos disponemos a excusar nuestra flaqueza con sus vicios que a imitar sus virtudes.

Lo que más me obliga a risa es la vanidad de los historiadores en arrogarse a sí la teórica y práctica de la política, fundada en sus discursos y sucesos, como si de éstos se pudiera fiar la prudencia, porque, o con amor propio, o con lisonja u odio, o por vicio particular, o poco cuidado en averiguar la verdad, apenas hay historiador que sea fiel en sus narraciones, consultando más a la fama de su ingenio que a la verdad; y más al ejemplo público que al hecho. Los griegos se preciaron de la invención y no del suceso. Los latinos imitaron a aquéllos, y, si en algunos se hallan escritas las cosas como pasaron, no puede, en sus relaciones, fundarse la prudencia política sin gran peligro, porque es menester penetrar sus causas, y éstas, aunque las ponen los historiadores, son inciertas, imaginadas o aprendidas de la común voz del vulgo, ciego e ignorante; porque pocos, o ninguno de los que escriben, se hallaron presentes; y si estuvieron, no fué posible asistir a todo; ni fueron llamados a los consejos de los príncipes para saber los motivos de sus acciones públicas y secretas; antes se gobernaron por sus relaciones, en que cada uno justifica y engrandece su causa, muchas veces, por los sucesos infiere los motivos, en que tiene mucha parte el amor y la pasión, y en que la villana naturaleza de algunos escritores, ayudada de la viveza del ingenio, interpreta siniestramente las acciones de los príncipes; y como están los vicios vecinos a las virtudes, les da esto mismo ocasión para llamar temerario al animoso; pródigo, al liberal; flojo, al prudente, y, al cauto, tímido.

Otro peligro no menos grave corren los historiadores, porque con el interés lisonjean, y, sin él, satirizan. Y, así, Patérculo alaba a Seyano, a Libia y a Tiberio; y Cornelio Tácito pondera la ambición de Seyano, vitupera el adulterio de Libia y descubre la simulación de Tiberio, demasíadamente agudo y malicioso en interpretar sus palabras y darle diverso sentido de lo que sonaban; peligrosa licencia en un historiador y de quien ninguna acción puede estar segura. Jenofonte no escribe cómo fué Ciro, sino como debía ser. Tal especie de lisonjas dió fama a Hércules, Aquiles, Héctor, Tefeo, Epaminondas, Lisandro, Temístocles, Jerges, Darío, Alejandro, Pirro, Aníbal, Cipión, Pompeyo y César, famosos ladrones y tiranos del mundo.





RENOM

... UNA MADRE, VIENDOSE PRIVADA DE
RECURSOS PARA CUIDAR A SUS HIJOS
A VERLES MORIR DE HAMBRE, SUF-
RIDANDOSE DESPUES.

Cuarto mandamiento: Honrarás padre y madre

Un puente sobre el abismo , por Higino Noja Ruiz	2	3'50
La desocupación y la maquinaria , por J. A. Mac Donald. Segunda edición	1'50	3
La vida de un hombre innecesario (<i>La policía secreta del zar</i>), por Máximo Gorki. El año 2000, por Edward Bellamy	2	3'50
La conquista del pan , por Kropotkin	1'50	3
Palabras de un rebelde , por Kropotkin	1'50	3
Cuentos de Italia , por Máximo Gorki	2	3'50
Anissia , por León Tolstoi	3	4'50
Problemas trascendentales , por Tárrida del Mármol	1'10	
La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo , por Máximo Gorki	2	3'50
¿Qué hacer? , por León Tolstoi	2	3'50
Poetas y literatos franceses , por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3	
Infancia en cruz , por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3	4'50
La esfinge roja , por Han Ryner	3	4'50
La montaña , por Eliseo Reclus	2	3'50
El arroyo , por Eliseo Reclus	2	3'50
Evolución y revolución , por Eliseo Reclus	1'50	3
El calvario , por Octavio Mirbeau	2	3'50
El imperio de la muerte , por Vladimiro Korolenko	2	3'50
El dolor universal , por Sebastián Faure	3	4'50
La Etica, la Revolución y el Estado , por Pedro Kropotkin	2	3'50
Los hermanos Karamazow , por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas	3	4'50
La vida trágica de los trabajadores , por el doctor Feydoux	3'50	5
Ideario , por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas	2	3'50
Crítica revolucionaria , por Luis Fabbri	2	3'50
Ideología y táctica del proletariado moderno , por Rudolf Rocker	3	4'50
Los cardos del Baragán , por Panait Istrati. La Religión al alcance de todos , por R. H. de Ibarreta	2	3'50
Las ruinas de Palmira , por el Conde de Volney	2	3'50
La Internacional Pacifista , por Eugen Relgis	1	
Albores , por Albano Rosell	3	4'50
Problemas económicos de la revolución social española , por Gastón Leval. La Inquisición en España (ilustrada con diecinueve láminas)	3	4'50
El sacrilego , por José Sampérez Janín	1	
Secretos del Convento , por Sor María Ana de Gracia	5	
Sebastián Roch (<i>La Educación jesuítica</i>), por Octavio Mirbeau	2	3'50

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

La bancarrota del capitalismo , D. A. Santillán... ..	1	
Origen y desarrollo del trabajo humano , por el profesor G. F. Nicolai	1	
Rusia actual y futura , por el profesor G. F. Nicolai. Los principios humanitaristas , por Eugen Relgis. La propiedad de la tierra , por León Tolstoi	0'30	
La Iglesia y la libertad , por Lorurot-Desgranges	0'30	
La prostitución , por Emma Goldmann	0'40	
La libertad y la nueva Constitución española , por Higino Noja Ruiz	0'25	
La fabricación de armas de guerra , por Rudolf Rocker	0'30	

La lucha por el pan , por Rudolf Rocker	0'50
Huelga de vientres , por Luis Bulffi	0'25
Las fealdades de la Religión , por Han Ryner	0'50
Generación voluntaria , por Paul Robin	0'25
¿Maravilloso el instinto de los insectos?	0'30
Feminismo y sexualidad , por Julio A. Munárriz	0'50
Superpoblación y miseria , por Eugenio Lericolais. La virginidad estancada , por Hope Clare	0'40
El mareo , por Alejandro Krupin	0'20
La tragedia de la emancipación femenina , por Emma Goldmann	0'50
Entre campesinos , por E. Malatesta	0'35
La filosofía de Ibsen , por Han Ryner	0'25
¿Qué es el comunismo libertario? , por Ramón Segarra	0'50
El comunismo libertario (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente	0'40
Maternología y puericultura , por Margarita Nelken	0'25
Amor y matrimonio , por Emma Goldmann	0'30
El matrimonio , por Elías Reclus	0'30
La libertad , por Sebastián Faure	0'30
El sindicalismo , por Anselmo Lorenzo	0'30
El sindicalismo revolucionario , por V. Grifuelhes. El problema de la tierra , por Henry George	0'30
Educación revolucionaria , por C. Cornelissen	0'30
Estudios sobre el amor , por José Ingenieros. Segunda edición	0'75
El subjetivismo , por Han Ryner	1
Crainquebille , por Anatole France	0'50
La muerte de Oliverio Becaille , por Emilio Zola. Luz de domingo , por Ramón Pérez de Ayala	0'50
Infanticida , por Joaquín Dicenta	0'50
Urania , por Camilo Flammarion	0'50

Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

	Ptas.
Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periodicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, sindicalismo y anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y nacionalismo	0'30
Libertad, Igualdad y Fraternidad	0'30

CORRESPONSALES ADMINISTRATIVOS DE «ESTUDIOS»

Ptas.

Barcelona .—Unión de Quiosqueros: Barará, 12.	
Madrid .—Agencia de distribución: Moratín, 49.	
Sevilla .—José Romero Luquez: Reyes Católicos; Nuevo Quiosco.	
Granada .—Manuel Laguna: Zenete, 15.	
Buenos Aires (Argentina).—Fermín Cortés. Uspallata, número 1.757.	
Rosario Santa Fe (Argentina).—J. Emilio Núñez: 9 de Julio, núm. 826.	
Montevideo (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.	
Camagüey (Cuba).—Manuel Gaona: Lanceros, 17.	
Salto (Uruguay).—Antonio Cantero Ruiz: Calle Uruguay, núms. 1.655-61.	

Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

PRECIO:

En rústica:
3'50 ptas.

Encuadernada
en tela:
5 ptas.

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etc., habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

¡Ni fascismo ni dictadura! ¡Pan y trabajo para todos!

Todo el malestar existente se debe a la incapacidad, al egoísmo y a la intolerancia. España tiene capacidad económica suficiente para alimentar, sin que nadie carezca de lo necesario, a más del doble de habitantes que actualmente contiene. Su suelo atesora riquezas inexploradas que pueden convertirle en el país más próspero y floreciente del mundo.

Leed la obra de GASTON LEVAL

Problemas económicos de la Revolución española

Libro serio, documentadísimo, trascendental.

Precio: 3 ptas.; en tela, 4'50.

CONSULTORIO MEDICO DE «ESTUDIOS»

DR. ROBERTO REMARTÍNEZ

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19.-VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.
Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. M. AGUADO ESCRIBANO

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

Cárcel de BURGOS

A los lectores de ESTUDIOS que acompañen el cupón, 2 pesetas por cada consulta por correspondencia.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Santiago, 43.—VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Fuente Dorada, 7, pral.—VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

DR. ROYO LLORIS

Provenza, 424.—BARCELONA

Enfermedades de la piel y cuero cabelludo

Consultas personales y por correspondencia, absolutamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Para consultas por correspondencia, inclúyase el sello para la contestación.

ESTUDIOS

CUPON CONSULTA

Núm. 129.—Mayo 1934

Córtese este cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.